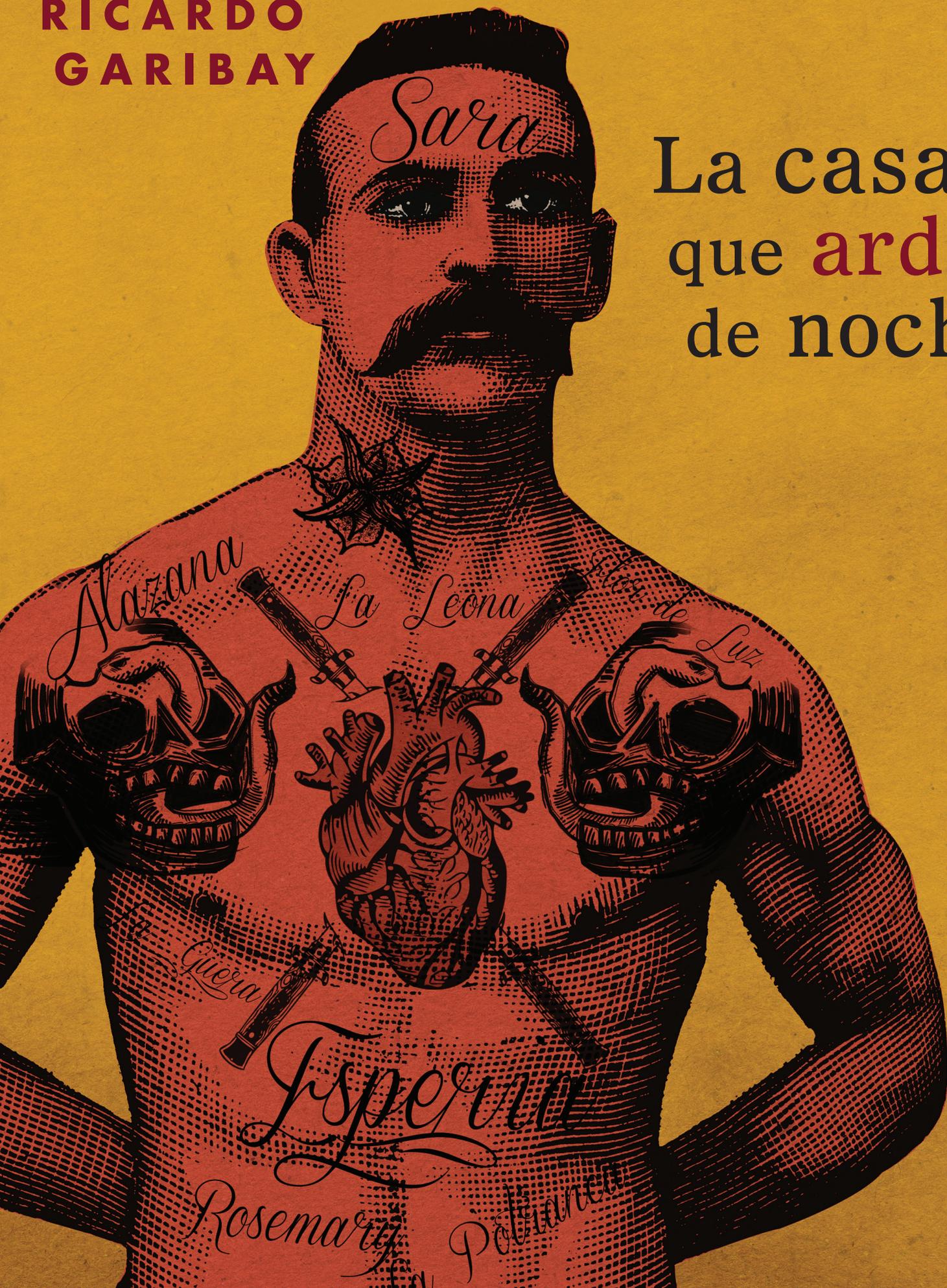


RICARDO
GARIBAY

La casa
que **arde**
de noche



La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com

COLECCIÓN

Novelas en Campo Abierto
México: 1922-2000

COORDINACIÓN Y EDICIÓN

Gustavo Jiménez Aguirre
y Gabriel M. Enríquez Hernández

La casa que arde de noche

D.R. © 2012, Herederos de Ricardo Garibay
D.R. © 2012, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Del. Coyoacán
C.P. 04510, México, D.F.
Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s.n.
www.filologicas.unam.mx

D.R. © 2012, Fondo Nacional para la Cultura y las Artes
República de Argentina 12, Col. Centro
C.P. 06500, México, D.F.

Diseño de la colección: Patricia Luna

Ilustración de la portada: D. R. © Andrea Jiménez
ESN: 710112112675086699



Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

Índice

Rumbo al río Bravo...	5
Un día llega al Charco un hombre...	11
En la tarde entran en el laberinto.	17
Esa noche Eleazar conoce...	23
El entusiasmo de La Alazana crece...	29
La Alazana no se da cuenta...	35
Y ahora va camino del Chapúl...	43
Eleazar, David y Sara crecieron juntos...	49
Eleazar viene llegando...	61
La arena sisea bajo los pies...	63
Esa tarde las mujeres van...	71
Esa noche Sara sirve la cena...	73
Eleazar regresa al Charco...	77
Sara entra en El Charco...	85

Ha recordado durante dos noches... 89
Cuando sale David... 95
Y así, sonriendo,... 99
La casa ruinoso a la entrada... 103
Y se enfrenta al pueblo... 119
¡Sé dónde te largas,... 129
Eleazar va a ver a Esperia. 133
Eleazar va diariamente a la casita... 135
Muere Esperia días después... 141
A las cortinas de la Sala Grande arrima... 145
Gentes espantadas,... 147
En la oscuridad del desierto... 149
Eleazar empuja la puerta... 151

Rumbo al río Bravo, en el mar de mezquites enanos, junto al camino angosto que casi nadie transita, se alza una casa de dos pisos de madera, agobiada de portales, corredores, aleros, ventanas y barandales y un mirador de techo de dos aguas tan delgado que tiembla con el viento. Desde lejos sobresale blanca, solitaria, casi aérea contra el horizonte montañés; de cerca se ve sólida y parda de tiempo y polvo. 5

Cuando se llega por primera vez no se sabe por dónde entrar ni por dónde salir; los cuatro costados de la casa, cuatro portales carcomidos, parecen funcionar como entradas y salidas hacia ninguna parte, abiertos al aire ardiente de la llanura. Sin embargo, en uno de los portales hay un letrero: El Charco-Vinos Extranjeros y Mexicanos, un viejo que dormita y dos anaqueles atiborrados de botellas vacías. Lo más probable, si

6 alguna vez alguien pidió una botella de vino, es que el viejo le haya dicho que aquí nunca nadie ha vendido botellas de vino, cuando menos aquí en el portal.

Después del portal se tiene la sensación de estar entrando quién sabe dónde, en otra casa, lejos de los esbeltos pilares de madera y del sol brillante y altísimo del desierto, que han quedado a la espalda, al alcance de la mano. El espacio se vuelve oscuro, estrecho y bajo, invadido de puertas, ventanucos, pasillos, escaleras que crujen. Los dos pisos de afuera se convierten en cuatro o más aquí adentro, como si se hubieran venido improvisando entrepisos para satisfacer urgencias que procrean guaridas y desniveles. Cada puerta da a un cuarto, cada cuarto es enteramente independiente y tiene un nombre pintado en la puerta. Algunos nombres están desleídos, otros parecen recién pintados sobre la madera raspada con lija, o se ven encima de otros todavía legibles. Y pasillos a derecha, a iz-

quiera, cortos y largos, estrechísimos, y escaleras, escaleras de escalones altos, escaleras de escalones pequeños, escaleras razonables y escaleras que desembocan en ventanas clausuradas o en puertas que se abren al vacío o en otras escaleras que van a dar a rincones o a muros de madera nueva; y luego, alguna que se antoja interminable, hacia arriba, como pozo que la silenciosa claridad del mirador alumbra apenas. Un olor mojado se apelmaza en los rincones innumerables, un olor rancio y frío, como costra de quejumbres, y un sabor a vómito, a entrañas, dulzón y ácido.

De pronto se ensanchan los escalones, bajan y se desparraman en una estancia llena de luz y postes pintados de todos colores y alta desde el piso al mirador. Muchas puertas se abren a corredores y barandales que dan a la estancia, que tiene estrado amplio, mesas, sillas y cuchitriles ocultos por cortinas; hay también tapancos a modo de plateas. Esto es el centro de la casa,

el corazón del laberinto, la Sala Grande de El Charco.

8 Cinco kilómetros al norte está la frontera con Estados Unidos; cinco kilómetros al sur está El Chapúl, pueblo de ganaderos. Y de la frontera y del Chapúl y de muchos pueblos allá de la frontera y del Chapúl vienen los hombres. Empiezan a llegar a las seis de la tarde. A las siete se encienden focos en la Sala Grande, en los portales, en los corredores y en los ventanucos. Y desde esta hora hasta las seis de la mañana del día siguiente El Charco esplende en la soledad del desierto, lo cimbra el estrépito de más de un centenar de hombres y mujeres todas magníficas. El laberinto se preña de sombras febriles, risotadas, gemidos, y de riñas ciegas, encajonadas, naturalmente mortales. También en la Sala Grande, que se espesa y se mece entre humos, cantos y gritos, a veces hay balazos.

El Charco vive, arde de noche. Once horas diarias bulle su agua podrida. A las seis de la ma-

ñana se apagan las luces, salen los últimos clientes. A las siete el silencio es total. A las ocho llega el viejo, medio sacude los anaqueles y se echa en su mecedora, a dormir.

9

Adentro hay tres docenas de mujeres como larvas, una mujer brutalmente envejecida e hinchada que jadea asomada al ventanuco que da a la llanura, y en el cuarto mejor una mujer de belleza anaranjada y sombría, La Alazana, echando puñados de billetes en una caja de cartón. Lo hace con desesperada prisa, quejándose, suspendiendo su tarea para golpearse con ambos puños la cabeza. Cuando termina se desnuda arrancándose la ropa, y sollozando, golpeándose las sienes, coge de sobre el buró jeringa y frasco y se precipita por la puerta del baño. Ahí está largos minutos, sus quejas apagándose. Cuando regresa se sienta en el borde de la cama y se deja caer poco a poco en las almohadas. Intensamente pálida en unos cuantos segundos su

gesto languidece, se entreabren sus labios, brilla apaciblemente el filo de sus dientes.

10

Un día llega al Charco un hombre cubierto de polvo, y se sienta en los escalones del portal.

11

Adormecido el viejo lo observa; al cabo de un rato se espanta las moscas de la barba y dice: —Quihubo tú.

El hombre salió hace siete años de aquí. Nunca en siete años se supo de él.

Y así se están, el viejo dormitando, el hombre limpiándose morosamente el sudor.

—Tás igual —dice el viejo después de varios minutos.

—Aquí todo igual —insiste el viejo media hora después, y mucho después se levanta, se estira, patea un poco el piso y vuelve a sentarse y consigue un diálogo lleno de silencio, de frases cortas y en los huesos, como si a los dos les costara mucho esfuerzo hablar.

—Ahora esto es de La Alazana —dice el viejo—. ¿Conociste a La Alazana?

El hombre mueve la cabeza.

12 —Creí que la habías conocido —dice el viejo.

—¿Y Esperia? —pregunta el hombre.

—Ái la tienen. ¿Quieres verla?

El hombre no contesta. Fuma. Se llama Eleazar.

Viejo: No te fue bien. ¿Cuánto hace?

Eleazar: Qué.

Viejo: Hace años ya.

Eleazar: Íí.

Viejo: Y qué hiciste.

Eleazar: Pacá y pallá.

Viejo: Y ora qué.

Eleazar: Qué.

Viejo: Regresaste...

Eleazar: Íí.

Viejo: Y qué... o qué piensas.

Eleazar: ¿Eh?

Viejo: ¿Te quedas?

Eleazar se alza ligeramente de hombros. De atrás de su mecedora el viejo saca una canasta y empieza a comer. Arrima la canasta a Eleazar y éste hace lo mismo. Y siguen hablando. 13

Viejo: Esto ha crecido mucho.

Eleazar: Íí.

Viejo: ¿Ya te diste cuenta?

Eleazar: Íí.

Viejo: Vienen del otro lado, más que antes, y del Chapúl y de más allá de la frontera y del Chapúl, más que antes.

Eleazar: Tá bueno.

Viejo: Ya agrandaron la Sala Grande y hay comocho nueve cuartos más, no, comocho no, como nueve.

Eleazar: Ajá.

Viejo: Ya tiene su baño cada cuarto... a más de uno abajo, el colectivo, migitorio.

Eleazar: Aaah.

Viejo: Nooo y La Alazana le comió el mandado. Vino un día y se quedó. Bronca, sí... Ái se dio Esperia, yastaba mala.

14 Eleazar: Os sí.

Viejo: Ora quién sabe qué día se murió uno de Coahuila decían que de Coahuila, de pasada nomás se vino a morir. Y el año pasado o antepasado, el antepasado, se murió un gringo, feo se murió, noo pos lo arrinconaron y el gringo buscando abrió la puerta, ya llevaba un tajarrazo arriba y otro abajo pero peleaba, dijeron, yo no lo vi, y creyó que la puerta era salida y nooo, se vino desde el tercer piso, cayó en las piedras ái questán atrás y hastallá fueron a rematarlo con las piedras, no le dejaron cabeza... Se armó una jicotera del cabrón, pus era gringo, tú dirás.

Eleazar: Iiii.

Viejo: A ver cómo te entra La Alazana. Dicen ques roncha, ten cuidao.

Eleazar: Íí.

Viejo: Todo igual.

Y se duermen, el viejo en su mecedora, Eleazar recargado en el pilar. Humea el sol del chaparral y en su total silencio, de cuando en cuando y muy apagada se oye alguna risa que viene de dentro de la casa, alguna aguda voz que canta.

15

En la tarde entran en el laberinto. Focos negruzcos alumbran pasillos y escaleras. Se oye ruido de gente que se asea en los cuartos, voces, chillidos. Se cruzan con mujeres que envueltas en toallas van de cuarto en cuarto pidiendo algo, contando chismes. De pronto las escaleras se hacen oscurísimas, el viejo abre una puerta y entra el chorro de luz del desierto infinito allá diez metros abajo.

—¡Chingao hasta yo me pierdo en este hormiguero, hombré!

Suben dos pisos más.

—Cómo ha crecido esto —dice Eleazar.

—Te dije —dice el viejo.

Al fin llegan al cuarto de la mujer que vive jadeando asomada a su ventanuco. Está dormida, derramada en la cama, color pus, elefantiásica, se adivina sumamente blanda.

—¿Te acuerdas lo quera? —pregunta el viejo, en voz baja.

18 Eleazar pasea sus ojos por el cuarto. Hay muchas fotografías de la mujer, vestida y desnuda, con un hombre, con dos, con dos mujeres: postales que en su tiempo se vendían a tres dólares cada una, porque en lo más intrincado del asunto Esperia sabía reírse alegremente, soñosa, viendo a la cámara, lamiéndose con la punta de la lengua la comisura de los labios. El viejo señala una foto donde ella está en el portal del Charco, linda como nunca y completamente al natural, montada sobre los hombros de dos gringos percherones.

—Ésta es de hace tres años —dice el viejo.

Eleazar se acerca a la foto.

—Ya ves cómo se pudren —dice el viejo.

Y aquí está Esperia, con sus mujeres, todas de sombrero. Y aquí y acá y allá, muy seria, del brazo de Eleazar, recargada en su pecho, arrodillada junto a él, mirándolo. En las fotografías la

fantástica belleza de Eleazar parece tierna, aquel húmedo aire rubio que todo mundo buscaba acariciar, y él ahora, viéndolas, desvía los ojos un segundo hacia el ventanuco, como si buscara ver algo, recordar algo olvidado hace mucho tiempo. Un segundo apenas. Y luego su gesto ausente, otra vez, ese mirar que no se posa en lo que ve, sino que roza las cosas y sigue de largo, de pasada, buscando sin inquietud, sin prisa, sin saberlo, algo que no encuentra.

—Esperia —está diciendo el viejo, en voz alta—. ¡Esperia!

Eleazar va a abrir la puerta.

—Pérate —dice el viejo—, le va dar gusto. Despiértate Esperia, vino Eleazar.

Esperia despierta balbuciendo quién sabe qué, paladeando una saliva de cartón. Se mueve un poco, enorme jalea bajo la sábana. Poco a poco, parpadeando, consigue mantener abiertos los ojos, y reconoce a Eleazar y llora sin ocultar la cara, colgante el labio inferior, torcida la mi-

rada hacia Eleazar, agitada la cama por rápidos y cortos jadeos, como balaceada por una ametralladora silenciosa.

20 —Eli —dice, por fin. Voz ronca, flemosa.

—Eres tan hermoso... ¿Te acuerdas cómo te decía: “eres tan hermoso, papuchi”? ¿Te acuerdas cómo era yo, Eli? —dice Esperia, la mano de Eleazar entre sus manos ardorosas, sentado Eleazar en la orilla de la cama, el viejo se ha ido.

—Dime que te acuerdas, papuchi...

Una mueca, un pliegue que se aprieta desde los labios hasta las papadas, entre las continuas erres que le salen de la garganta: Esperia quiere sonreír, intenta sonreír.

Eleazar dice ip. Su mirada, fija no sé dónde desde que se sentó y dio la mano a Esperia, pasará rozando los estropajosos cabellos y se incrusta en la almohada. Y no es que no quiera ver a su antigua amante o que esté pensando en otra cosa.

—Papuchi... déjame que te diga “papuchi”...

—Í.

—Eres tan hermoso... pero qué te ha salido en tu cara tan hermosa... qué te pasó, papuchi, dónde anduviste, nos peleamos ¿te acuerdas?, ¿qué le salió a tu cara?

21

Se detiene. Trata de incorporarse y no lo consigue y empieza a jadear a gran velocidad y a agitarse, como si el aire le entrara delgadísimo y lijoso, y se lleva las manos al cuello y se mueve buscando ansiosamente el ventanuco y remueve la sábana y una ola de fetidez invade el cuarto. Eleazar la mira un momento, derecho a la cara. Exhausta queda Esperia, espumajosa. Luego levanta el brazo y dice: —Mira lo que me salió a mí —y con un vago ademán indica su cara, su cuerpo, la cama, el cuarto y quiere volver a llorar pero una erupción de cólera siempre al acecho la robustece de repente— y maldita suerte, maldita vida, maldita enfermedad, maldito burdel y esta maldita llanura, maldita puta puerca La Alazana, me robó, mira, me robó mi casa,

me robó mis muchachas, ladrona, cabrona picoteada tortillera, me enfermó, pagó brujas, pregúntales, pagó brujas para que me pudrieran, yo lo vi, pregúntales, pero es mula, rajada, no se asoma nunca, con una vez que viniera, Papuchi, con una vez que viniera a este pinche cuarto, Papuchito, si la tuviera aquí una vez conmigo y la agarra un ataque de jadeos horribles, hilos de aire destrozándose entre silbidos y estertores y la dejan quieta, verde, medio muerta.

Eleazar no encuentra la caja de cerillos en sus bolsas. La mano de Esperia lo está llamando: los dedos se mueven unos centímetros arriba de la sábana. Eleazar se agacha, no entiende, pega el oído a la boca enferma. Esperia está diciendo: —Quémala... quémala... Eleazar advierte que la frente de Esperia es joven todavía, tersa, y recuerda su grupa levemente amarilla, incomparable.

Esa noche Eleazar conoce a La Alazana. O más bien, La Alazana conoce esa noche a Eleazar. Porque él está por ahí en la Sala Grande, y ella se hace encontradiza.

—Tú eres Eleazar.

Lo dice con agresivo desdén, pero al fondo ya temblando. Él la ve. Una ojeada, no más, y ya sabe qué es La Alazana, qué quiere, qué busca, su vicio y dónde irá a parar. También sabe ya que al fondo ella está temblando. Y la gana de pelea que ella traía se desmorona para siempre.

Esperia tiene razón, Eleazar puede quemar a La Alazana, si quiere, porque tres cosas lo hacen irresistible para La Alazana: su prestigio, su hermosura y su cansancio. El cansancio que le viera Esperia, el que hizo temblar a La Alazana cuando se acercó diciendo tú eres Eleazar. Un cansancio abismado en el contorno de los la-

bios, en el mirar perdido, intensamente pardo ojos-de-arena, indiferente, flojo, viejo a pesar de que Eleazar no tiene todavía treinta años.

24 Así, de una ojeada, Eleazar se hace dueño de La Alazana, amo del Charco.

Y él no busca eso ni ninguna otra cosa ni pide nada ni da nada. Él está aquí como podría estar en un barco en tempestad, o en una mina de carbón, o en un templo, o moribundo en un hospital. Él no vería diferencia entre esos lugares. Y a esto se debe que esté aquí; y esto es lo malo, que esté aquí y que ésta sea la vida que él conoce y ve transcurrir como el espectador que asiste obligado por enésima vez a una monótona representación de teatro.

Él ya era el amo aquí hace siete años, cuando Esperia era la *madame* y era su amante. Pocas mujeres hubo entonces como Esperia. Entonces él tenía entusiasmo, participaba con vigilante actividad en el negocio. Podía clasificar mejor que nadie la carne, sabía desde luego su precio

y cómo y dónde venderla y comprarla; conocía el mercado de drogas, lo dominaba en una región extensa; controlaba buena parte del contrabando fronterizo; era fuerte, infatigable, de belleza femenina e irritabilidad repentina y terrible; podía beber sin límite, aventurarse una y otra vez por los ensueños químicos y salir ileso; desafiaba a las policías de ambos lados del río y en unos cuantos minutos sometía a cualquier mujer desconocida. Estaba llamado en verdad a grandes tareas, poseía con énfasis los dones para el descontón y el manotazo, y una ambición sofocante lo acicateaba. Se propuso trabajar en serio, unirse a los poderosos sindicatos americanos que operaban del otro lado del río, invadir nuevas líneas de comercio, derribar esta ratonera y construir algo sensacional bajo la dirección de maestros japoneses, una casa que pudiera ostentar en su entrada monumental: *El Charco de todas las tierras del mundo*, una casa donde cada mujer se serviría acompañada del

vino de su raza y perfectamente adiestrada en los vicios de su región. Cada mujer, una garantía de éxtasis minuciosamente elaborado. Al mismo tiempo trazó un colosal proyecto de sucursales del Charco a todo lo largo de la frontera. Se jactaba: “Voy a sembrar tres mil kilómetros de cachondería”. Esperia tuvo miedo; se dio a crearle obstáculos, se las arregló para echarle a perder los primeros pasos de la empresa, conjuró con amoroso celo los peligros futuros que amenazarían a su papuchi, si ya vivimos felices y el negocio deja lo que deja ¿para qué se quiere alargar papuchi? Eleazar sospechó de dónde brotaban los tropiezos; empezó a sufrir como el que vive sin esperanza en un cuarto cerrado; lo asqueaba el pegajoso calor de Esperia. Una noche, después de golpearla, la abandonó, se fue. Tenía veintidós años. Al salir le dijo: —Mugrosa. Regresaré a comprarte en diez centavos tu burdel.

Nadie volvió a verlo hasta que llegó cubierto de polvo a sentarse en los escalones del portal,

siete años después. Lo único nuevo en él era esa fatiga invisible que le descubrieron las dos mujeres.

El entusiasmo de La Alazana crece como enfermedad desde el primer momento; la invade, le inunda la piel, la lengua. En pocos días el deseo la sofoca, la aísla, la vuelve taciturna e irritable. Ronda, agujonea a Eleazar, cuya blanda indiferencia la desconcierta. Primero supone que él ha venido a vengar a Esperia, y le asegura cien veces que ella, La Alazana, no tiene culpa en lo de Esperia, pero si él quiere le entregará todo y ella volverá a ser una de las pupilas; luego piensa que por Esperia le tiene rencor o desconfianza, y se afana ordenando que la muden a un cuarto mejor, que le lleven al médico, que le compren medicinas, un ventilador para el sofoco, y dos o tres veces al día y a veces en medio del trajín de las noches, procurando que la oiga Eleazar: “A ver tú, China, o tú, Tetona, asómate a Esperia, algo ha de querer, la po-

30 bre”; después, empieza a sospechar que todo es lo de siempre, no hay indiferencia, qué va, me hago que no te miro, táctica de macho de burdel que se prepara a dar el zarpazo. Magnífico. Ella sabe de esto, y cómo. Y se entrega a hacer el juego. Durante tres semanas se agobia de perfumes, de vestidos, de alhajas, va de mesa en mesa, multicolor, felicísima, se encierra con hombres minerales, alardea de una deliciosa fatiga. Por las mañanas el dolor de cabeza la hace sentir que puede enloquecer de un momento a otro, y se inyecta cantidades de dulzura que la retienen cada día más firmemente. Y Eleazar sigue lo mismo. Y llevamos ya tres meses, cuatro. Entonces ella inaugura una temporada de zozobra en el burdel. De nada se encoleriza, aúlla, despide a sus pupilas, o las injuria por cosas que inventa y amenaza matarlas, registra sus cuartos, las encierra, las vigila exasperada noche a noche en la Sala Grande y sorprende en cada una de ellas a la posible amante

de Eleazar, y arma la riña en plena fiesta, golpea con saña impune, desfigura, sangra, hasta que los clientes se cansan de reír e intervienen. Y Eleazar sigue igual, como si de veras nada 31 estuviera sucediendo. La Alazana se borra seis días. El séptimo día manda llamar a Eleazar y se le humilla, se le arrastra.

—Qué quieres, cómo me quieres, dime, qué quieres que haga, por qué eres así conmigo. Cuánto hace que estás aquí. ¿Quieres dinero? ¿Quieres todo el dinero? —saca su gran caja de cartón—. En un banco en el otro lado tengo lo que quieras, lo pongo a tu nombre. ¿Quieres que me vaya? ¿Quieres que no me ocupe con nadie? Se me parte la cabeza, dime algo.

Y cae sobre sus manos, sollozando, y se golpea las sienes. Eleazar le sirve una copa, toma él también, le pide que no haga cuento, que se esté quieta, si quiere se queda con ella, no bajarán a la sala. Ella se incorpora vivamente.

—¿Quieres que no te necesite?

Hace la pregunta como si lo amenazara con un último recurso atroz.

—Tómate la copa —dice Eleazar.

32 Ella abre el cajón del buró, entra violentamente en el baño y desde ahí lo llama.

—Mira.

Eleazar se asoma. La Alazana le habla desde adentro, tiritando.

—¿No lo sabías? Me pico. ¿No lo sabías? ¿Quieres que no te necesite?

Eleazar viene a sentarse en el borde de la cama. Bebe otra copa, despacio. Ella aparece en el umbral, muy pálida; se echa en la cama y ordena con desdén: —Ya vete.

Eleazar coge botella y copa y sale.

Eleazar no baja esa noche a la Sala, se queda en su cuarto, acostado, los ojos abiertos, acabándose a sorbos la botella. Dos o tres veces vienen a tocarle la puerta, lo necesitan en la Sala; pero no se mueve, igual que si no llamaran. Al amanecer duerme un poco, y a las once

de la mañana, sin alisarse siquiera los cabellos sale del burdel y toma el camino de El Chapúl. Hace diez años Eleazar salió del Chapúl, y ahora le va a echar un vistazo. No pensó en eso en el curso de la noche, no lo pensó en los últimos diez años.

33

La Alazana no se da cuenta de que Eleazar sufre sin saberlo una fatiga que se le ha asentado en la raíz de los huesos; que es muy difícil que aún haya algo que lo anime. Cuanto ella pueda hacer u ofrecerle, Eleazar lo ha tenido varias veces desde hace mucho tiempo. Ningún espectáculo, ningún olor, ninguna violencia, ningún goce, nada del mundo oscuro puede sorprenderlo ni conmoverlo ni despertarle apetito. Siete años de ausencia, que aquí sólo él conoce, fueron siete años pasados en los más intrincados recovecos de lo que no debe saberse. Fracasó en su intento de ser gran empresario del vicio, pero chapoteó ahí, se hundió ahí hasta las narices, se saturó de la tristeza que absorbe el cuerpo voraz y continuamente ahíto. Su espíritu aletargado acabó apagándose, y ahora sus ojos sólo ven lo que han visto hasta la saciedad, y no pueden ver la

posibilidad de otra existencia, otro modo de vivir. No se propone rechazar a La Alazana, sino que ya sabe a qué sabrá saborearla y a qué sabrá no saborearla, lo sabe hasta la náusea. La entraña más íntima del aburrimiento y la lentitud es inmortalidad, y Eleazar en la llaga es casi inmortal; cualquier paso en cualquier dirección irá a dar exactamente a donde él ya sabe que irá a dar, donde él ya ha estado.

Vive desde hace varios meses en El Charco. No sabe o no le importa saber desde hace cuántos meses. Se levanta a las ocho de la noche, se arregla con sonámbulo esmero y baja a la Sala. Desde la primera noche su presencia causó revuelo. Las mujeres se agitaron, se precipitaron escaleras arriba y escaleras abajo por el laberinto, se embellecieron con ahínco, sacaron a relucir sus joyas y sus maneras más enfáticas, con la laboriosa estrategia de su profesión lo asediaron. Los hombres se dispusieron a divertirse. La sedeña apostura de Eleazar, sus ademanes

dormidos, su paso apanterado, los encresparon. El primero que se alzó a averiguar qué clase de mequito cabrón era el recién llegado —perombre tú, nomás apareciendo y se sintió dueño, que vente pacá, que muévete pallá, que yo mencargo del bacará, que las mujeres no salen, que tése sosiego no esté armando boruca porque se va, ¡mira! ya tiene padrino. La Alazana o quien lo contrató y le dijo tú tencargas, nooo pos dónde, vamos a ver qué clase de mequito cabrón...— se desplomó con la cabeza rota; el segundo —¡nombré! ¿de veras? a ver, vamos a ver si es cierto... oiga huerquito cola mocha ¿que usted es muy madrugón, me dicen? mire véngase pacá quiero hablarle tantito...— pidió paz antes de que el puñal que él mismo había sacado le tasajeara la garganta; y éste fue el último, porque los hombres respetan al que hace estas cosas limpiamente, desdeñosamente, sin plan, sin aspavientos, y acabando de hacerlas vuelve a lo suyo y del modo más natural. —Óigame,

Eleazar me dicen que se llama, saludarlo nomás, ¿que le pegó al Caleco? —Tómese una copa —dice Eleazar—, diviértase, yo convido. Mira tú —ataja a un mesero—, tráile al señor una botella cerrada.

Pero además, Eleazar no rehusa tragos y puede beber toda la noche sin alterarse, no aparta mujeres, no roba a los parroquianos en las mesas de la baraja, que conduce con impecable velocidad, perdona deudas, no es padrote de La Alazana, la que, como antes de su llegada, sigue escogiendo libremente al que le place, no tolera riñas, y basta que se acerque con sus balanceos de marinero o bailarín, con su engañosa suavidad, para que cualquier furioso entre al aro. Y parece como si le costara un esfuerzo grandísimo decidirse a pelear, o como si tuviera miedo o compasión o no supiera qué hacer, porque cuanto más bronca es la bronca tanto más blando parece y casi suplica tése serio, diviértase, yo convido. Pero cuándo, si a la raza le entras por

derecho a lo que venga o no lentras nunca. Y entonces, cuando ya no hay remedio, es un relámpago, remolino, como si nunca hubiera sabido otra cosa que darse en la madre y así te mata, sin verte siquiera, igual que cuando te dice tése sosiego yo convido. Nooo, cosa pesada. La Benavides se ocupó con dos gringos, rinches decían pero llegaron sin uniforme, por supuesto, y la estaban golpeando, bueno tú pero ya se había hecho costumbre, que llegan los rinches, sempedan, se encierran de dos en dos y luego de todo a pegarle a las mujeres, hazme el favor, nooo, le vinieron a decir Eleazar nomás asómate a los gringos la pobre Benavides hombre no hay derecho. Acabó la mano, porque hasta eso, nada de prisas, acabó la mano de póker ¿era póker? y subió despacio. En las escaleras taban apelo-tonadas las mujeres. Nomás onde dijo váyanse qué pedo es éste se fueron lo dejaron solo. Que te lo cuente la Benavides que la traían sangrando ya por todo el cuarto cualquiera aquí te lo

40 puede contar ¡hombre!, para no hacerte el cuento largo, echó por la ventana a uno de los dos, con un puñaladón en toda la pierna desde aquí hasta la rodilla ¡por la ventana, sí señor, son más de cinco metros imagínate! y el otro pus encue-
rao como estaba qué pistola si los agarró al momento en questaban más entretenidos y nooo pos no sirvió pa nada el gringo, le pegó primero una vez pero sabe cómo que el gringo no podía moverse, y sobre él, zas y zas hasta que la misma Benavides se interpuso ya déjalo Eleazar, ah sí señor, como te lo estoy diciendo, bajaron al gringo eran chorros de sangre lo fueron a tirar con el otro en la mera línea de la frontera. Y digo, tú de una desas bajas nomás dime cómo, y Eleazar ¿tú te apuraste? os así él, bajó a la mesa del póker, sí era póker lo questaba jugando, a seguirle aquí no ha pasado nada, pidió una botella de wisqui pero pa los jugadores, él se tomaría una copa.

41 Y eso y la droga y la bebida y las muchachas marcando el paso y las nuevas que han llegado, él ha enviado por ellas, es lo que hace Eleazar en El Charco. A veces, no baja a la Sala; se queda en su cuarto y dormita de hora en hora unos minutos. También sucede que va a ver a Esperia. Si Esperia está dormida, al rato él se levanta y sale. Si no está dormida la oye maldecir a La Alazana, la ve retorcerse entre sus convulsiones de tos, la oye describir entre el ahogo del asma los dolores que el cáncer le va inaugurando en el cuerpo. A veces también, Esperia está sosegada y le pide que se acerque. Eleazar obedece, casi se acuesta sobre Esperia. Y ella le acaricia interminablemente la cara y le dice: —Pues a ti qué se te pudrió, papuchi, no acabo de verte qué se te pudrió.

Y ahora va camino del Chapúl, donde pasó su infancia. En el huizachal cantan su larga nota las cigarras: acá una termina y otra comienza, y allá una termina y otra comienza, y lo mismo más allá. El sol reverbera en la arena del camino.

Cuando avista el pueblo, no se detiene; sigue con el mismo paso, cómo si no hubiera nada quinientos metros adelante.

Pasa frente a la primera casa, abandonada, ruinoso, y no la ve.

Algunas gentes advierten la presencia de Eleazar.

Cuatro hombres juegan dominó. Llega otro: Aistá Eleazar.

Hombre segundo: Qué Eleazar.

Hombre quinto: Eleazar, el de Sara.

Hombre tercero: ¿Eleazar? ¿Dónde?

Hombre quinto: ¡Ai en la calle, caminando.

Hombre segundo: Quién te dijo.

Hombre quinto: Yo lo vi.

Hombre tercero: Lo confundirías con otro.

Hombre segundo: Sí. Cómo va ser.

Hombre quinto: Te digo que lo vi.

El hombre primero se impacienta: Bueno sí, lo viste y qué. Juéguenle. Valiente jijo de la tiznada.

Hombre tercero: Yo digo por la muchacha, siempre... Ps a mí qué ni a ti.

El hombre primero estudia el juego, hace cuentas y va murmurando: —¡La muchacha! Que hubiera sido mi hermana hace mucho que estuviera enterrado el Eleazar.

Hombre cuarto: Mira, mira... Cuándo Arnulfo iba ser pareso.

Hombre primero: Cuándo Arnulfo iba ser pa nada. Ya juégale.

Por otro lado, mujeres. Cinco o seis mujeres.

—Qué no es ése...

—Quién.

—¡Anda, miráaa! ¿Qué no es...?

—Sí es.

—Viene para acá.

—Ay tú, es Eleazar, Eleazar. ¿Te acuerdas?

—¡Te estoy diciendo!

—¡Condenado!

—Agáchate, como que me das algo. No voltién.

Las mujeres se apiñan observando un botón en la blusa de alguna. Eleazar pasa sin verlas.

—¿Y Sara?

—¡Ora sí!

—¿Tú crés?

—¿Le avisamos?

Cuando Eleazar pasa frente a la herrería, David el herrero está sosteniendo una rueda de carreta y procura hacerse oír de un aprendiz, que la solda. Un coro ensordecedor de martillazos apaga sus frases. David alza la cara, congestionada por el esfuerzo, y cuando se da cuenta

46 de lo que ve pasar por la acera, a diez metros de distancia, y quiere gritar ¡Eleazar!, ya éste desapareció y el aprendiz todavía no acaba. El herrero se impacienta mucho, no puede soltar la rueda. —Apúrate, sonso —grita al aprendiz.

Cuando las mujeres llegan a la casa de Sara otras muchas se han adelantado, y Sara está en medio de todas, intensamente pálida, procurando que ningún movimiento la traicione. Les pide que la dejen y con mano firme abre la puerta: —Muchas gracias, buenas tardes.

Lentamente regresa hasta la ventana, abre una rendija de luz y recarga la frente en el vidrio.

Diez minutos después no se ha movido. Y no se moverá así pasen diez años, otros diez años. Diez años podría tener abierta la rendija de luz contra sus ojos, esperando. Y sólo las líneas de las quijadas delatan su ansiedad.

Sara parece hecha de trigo, o como viento en las espigas. Sus ojos, siempre bajos, cuando se alzan son mares, o llanuras. Y ahora miran pe-

gados al vidrio, más hondos que de costumbre, más abiertos, inmersos en una sombra azulada que empezó a dibujárseles cuando las mujeres trajeron la noticia. Y de pronto se le agrandan aún más, y los labios se le mueren, se le diluyen en la palidez de la cara. 47

Por la calle pasa Eleazar, ausente. Ni siquiera se vuelve a ver la casa.

Un golpe de agua llena los ojos de Sara.

Eleazar, David y Sara crecieron juntos en El Chapúl, jugaron juntos, fueron juntos al jacalón de la escuela, dejaron de ir al jacalón al mismo tiempo, ignoraban exactamente las mismas cosas. Sara amó siempre a Eleazar. Eleazar sentía que amaba a Sara. Un día la amó; una tarde, más bien, y se lo dijo.

A su tiempo, Arnulfo, y más que Arnulfo las costumbres, encerraron a Sara en la casa, para que acabara de crecer como debía.

David entró a trabajar en la herrería de su padre. Eleazar salió a la calle, no tenía parientes ni quedaba en El Chapúl quien quisiera recibirlo.

Arnulfo era hermano de Sara. Un hombre corto y grueso y huraño, con una única obsesión: el trabajo. Y en estas regiones el trabajo abrumba, aísla y envilece al que se le entrega, por-

que es inagotable porque la tierra y el cielo no son fecundos. Las cabras, las vacas, los caballos, siembras, lluvias, secas, corrales, enfermedades, lo que no fuera cabras, caballos, siembras, vacas, corrales, lluvias y secas o enfermedades de la mañana a la noche y de la noche a la mañana y un día y otro y otro día y cuatro horas de sueño y vuelta a las cabras, siembras, secas y maldiciones no existía para Arnulfo. Siempre había alguna calamidad inesperada que debía remediarse cuanto antes, alguna amenaza contra los caballos, las siembras o las vacas y había que adelantársele, siempre. Arnulfo no veía, no oía, no hablaba, rumiaba agruras y acometía los días armado de herramientas: reatas, serrotes, martillos y clavos, el arado, sus brazos duros, sus hombros mezquinos; y la casa y los campos de Arnulfo seguían siempre igual, si acaso un poco más polvosos cada año, un poco más estériles. Cien veces había reconstruido los corrales, y los corrales seguían y seguirían iguales de

viejos. Arnulfo tenía enemigos colosales: el sol, el desierto erizado de espinas, los aguaceros a destiempo, las heladas y las sequías eternas, el magro ganado y sus mataduras, la vida que da vueltas y revueltas mordiéndose la cola, ahondando un surco ancho de miseria y obstinación.

Sólo le dijo a Sara, cuando ella cumplió trece años: —Ya métete aquí, sirve de algo, hay mucho que hacer.

Hasta entonces Eleazar había vivido en casas de diferentes vecinos. Su desamparo y su sonrisa —la sonrisa más linda que las gentes del Chapúl habían visto jamás— le habían abierto puertas y corazones. Ahora su desamparo lo echaba a la calle, y su sonrisa se le convertía en aliado fatídico, se adueñaría completamente de él.

Desde muy pequeño había sentido que las cosas se le daban porque sí, porque él las quería y nada más. Le bastaba aparecer y sonreír para conseguirlas. Sentía que lo que estaba fuera de él estaba para mirarlo, para ponerle objetos en las

manos, en la boca, sobre los hombros. El mundo debía deslizarse con tiento, para no atropellarlo, para rozarlo apenas, pendiente de Eleazar y su sonrisa. El mundo pequeñísimo del Chapúl, sí, el mundo entero. Y un hombre, por ejemplo, un hombre de otra parte, bebía una copa de aguardiente, sus ojos mascullaban problemas. Eleazar decía a David: —¿Lo hago que se ría? —y se acercaba. Tenía seis años, un montón de paja dorada sobre la frente. Se acercaba como sin quererlo, muy distraído, y se paraba justo a un paso del hombre y pateaba el suelo. Los ojos del hombre tropezaban con él, iban a desviarse. Entonces Eleazar sonreía, y los ojos del hombre se prendían de la sonrisa, admirados, súbitamente felices, y sus labios se abrían sin querer, se aflojaban, se suavizaban, y su gran mano viajaba lentamente hasta el montón de paja y la removía. Viendo eso, Sara y David reían y bailaban de puro gusto, cogidos de las manos. Eleazar sabía que era huérfano, y entendía que por

eso las personas mayores lo tentaban y lo miraban. Huérfano es así como yo, que me llaman y me tientan y me dan. David no es huérfano, los otros no son huérfanos. Más adelante empezó a sospechar que otro era el secreto, y no tardó en descubrirlo; se robó un espejillo redondo, lo traía siempre en la bolsa. Y su sonrisa se volvió sagaz, esporádica, su gracia se hizo ladina, y su voz, impaciente, imperiosa. Adolescente, ya era malicioso y haragán, y el amor de Sara le parecía natural, involuntario. No era que los demás quisieran quererlo, era que no podían sino quererlo. Su gesto, sus ademanes, su andar se barnizaron de burla y desdén. Y así era aún más bello, más encantador, y despreciaba a los que ya lo repudiaban, no sentía que se iba quedando solo.

Cuando por fin nadie lo quiso, se echó a la calle. Era vivaz y valiente porque había crecido sin temores. La calle lo endureció. Luego se echó a los caminos. Los caminos lo endurecieron más. Luego maduró extrañamente, velozmente,

en billares, cantinas y prostíbulos de los pueblos de la frontera. Su hermosura lo preservaba y lo imponía; la certeza de no ser como los demás le daba arrojo. Era descarado y cruel. Cuando llegó por primera vez al Charco no tenía veinte años, y sin embargo nadie le disputó el sitio, estaba listo para ser el rey.

Pero antes del Charco sucedieron cosas. Eleazar tuvo a Sara. La tuvo sin ley y sin violencia, porque Sara se le dio, porque él le pidió que se diera, se lo pidió sonriendo, sin saber por qué o para qué se lo pedía, con la certeza de que no se negaría, sin importarle que ella se diera ni la remota posibilidad de que increíblemente se negara, y Sara iba a darse sospechando todo eso y sin atreverse a imaginar nada a cambio, resignada a la alegría de darse a Eleazar una sola vez porque a Eleazar, al fin, sin deseo y sin esperanza, se le había antojado pedírselo, mi amor, al fin, mi amor mío, cuando él le dijo: —¿Quieres que te diga que luego nos casamos?

—¿Por qué me dices eso? —preguntó ella, conteniendo un brusco sollozo, zafándose de Eleazar, desnuda ya, dando un paso atrás.

—¿Quieres que te lo prometa? —insistió él, divertido, mirándola bien de frente.

Los ojos de Sara se ahondaban, de un segundo a otro les nacía alrededor una invasión morada. Temblaban imperceptiblemente sus labios.

—¿Por qué? —dijo.

—¿Quieres o no? —preguntó Eleazar buscando la luz de la ventana, impaciente. Empezaba a aburrirse.

Ella vio abrirse una vida de sequía. Si yo soy lo que él quiera ¿por qué me dice eso? Veía el adorado cuerpo de Eleazar, perfecto, desnudo frente a la ventana; y el dulce remolino doloroso donde ya se hundía con él hacía apenas unos momentos, en los labios todavía vivo el ímpetu de los dientes de Eleazar, mi vida, me mordiste, muérdeme, mi vida, mira, te llené de sangre los labios, se transformó de pronto en palabras,

graves palabras, el comienzo de una promesa que no quería pedir y años de sequía, ella sabía, se veía ya viviendo años de sequía, si yo seré siempre lo que él quiera ¿por qué quiere hacerme sufrir? Eleazar se movía, iba a darle la espalda. Dios mío, ya se va. Entonces ella se le juntó y le dijo con mucho dolor: —Sí. Si tú quieres...

—¿Quieres tú? —le dijo él, reanimado, entusiasmado otra vez, acariciándola brutalmente.

—Sí.

—¿Y si me voy?

Ella no contestó. Cerró los ojos. Las manos de Eleazar iban y venían por su cuerpo tembloroso, helado. Jadeaba él. Si yo seré lo que él quiera ¿por qué me hace esto?, ¿por qué quiere prometerme? si ya se va, si no me quiere ¿por qué quiere que me quede aquí esperando?

Eleazar le alzó la cara, estaba procazmente excitado, abatiéndose casi cuando la miró a los ojos desde muy cerca y le dijo con seriedad miserablemente intensa: —Te prometo que nos ca-

samos, te lo prometo, te lo prometo... Dime que sí, que serás mi mujer, dime qué sientes...

—Sí —susurró ella.

Y apenas tuvo él tiempo para derribarla, para partirla en dos. Decía te lo prometo, te lo prometo... mi mujer. Un puro dolor para Sara, un grito largo, sus uñas clavadas en los hombros de Eleazar y él se le asomó a la cara, ella había quedado viendo el techo, y le dijo algo, le dijo algo de sus ojos, porque ella los tenía muy abiertos. Al anochecer Sara lavó el piso. Eleazar no volvió. Sara lo esperó diez años.

Y eso sucedió porque de cuando en cuando iba Eleazar al Chapúl. Ya tenía dinero, y le gustaba dejarse ver y desatar la chismería e ir a hablar un rato con David y asomarse después por la casa de Sara. Y esa tarde se sentía más aburrido que de costumbre, despreciaba más que de costumbre al pueblo donde había crecido.

Sara lo recibió azorada y contenta, como siempre; le preguntó si ya había comido, y vién-

dola trajinar en la cocina la sintió como de la misma sangre, como hermana, horriblemente tediosa, la vio hacia atrás hasta la infancia, y por un momento, envuelta en el humo del brasero, vio su belleza y sintió una picadura: ¿con Sara? ella sería feliz. ¡Mira hombré! Sí pues, por qué no, mi hermana, no no, sí, éstas si dicen que sí ya dijeron y a otra cosa, pero si les dices me vuá casar contigo, te las dan llorando y como muertas. ¡No hombré! Os tú dile y verás. No pero cómo con Sara, hombré. Oye Sara —alzó la voz, no diría yo que bostezando, no, pero para el caso daba lo mismo, dio lo mismo—; sí, dijo ella; yo quiero que seas para mí, le dijo; sí, dijo ella; no pero orita ya, a ver, aquí mismo, ya; ella asentía y no sabía qué hacer o cómo comenzar o qué, tenía la jarra del café en las manos; deja la jarra y quítate todo; Eleazar... dijo ella, poniendo la jarra en la mesa; no, nada, dijo él, orita ya, e iba zafándose la blusa, y ella, metida de pronto en una terrible confusión, como en el

centro de una gritería, asentía lentamente mientras con prisa aniñada se quitaba el delantal, se desabotonaba el vestido, brillaba entera, color de ámbar, vuelta la cara hacia el brasero, a la luz de la ventana. Después él le dijo algo, no sé qué de sus ojos.

Después de que todo mundo se enteró y de que Arnulfo le dijo, porque ya muchos le habían contado el cuento y hasta en sus labores lo buscaban para contárselo: —Diles que no me estén fregando, y tú tampoco me estés fregando, no vamos a andar en diversiones todo el tiempo, ya ponte a trabajar. La maldita agua se va venir mucho antes, va pudrir el algodón, maldita agua ¡prefiero la seca, la prefiero! —y dio un puñetazo sobre la mesa y salió de la casa hacia los terrenos, después de eso ella vivió aislada, señalada, esperando sin que nadie se imaginara que seguía esperando, porque más de tres años vivió Eleazar en El Charco y no dio indicios de acordarse de ella, y luego porque durante siete

años no se supo de él y en el pueblo ni quien lo recordara y hasta la murmuración cuando miraban a Sara, había terminado.

60

Eleazar viene llegando al extremo del pueblo, donde recomienza el huizachal. Cantan las cigarras. La larga calle polvorienta de su infancia, que ahora ha recorrido, queda a su espalda. Del mismo modo Eleazar hubiera recorrido cualquier calle de cualquier otro pueblo. Se detiene, enciende un cigarro, da una fumada, bota el cigarro, sale al camino.

61

Sara espera todavía. Como en sueños tiembla la calle vacía, sumergida en el agua de los ojos de Sara, incrustados en su rendija de luz. Parece que el cuerpo inclinado, la mano aferrada a la cortina, los labios sin sangre, el anuncio del llanto en los ojos, se han estancado en un minuto que no pasará. Lejos, un ladrido apagado, seco, ardido de sol.

Sara se endereza, cierra los ojos densamente, los abre, y rápida se desliza entre los muebles

hacia la parte posterior de la casa. Cruza el corral. Junto a la cerca del corral empieza el desierto.

62

La arena sisea bajo los pies pausados de Eleazar. El desierto es una infinita plasta de silencio y sol.

63

Y de pronto, frente a él, junto a un huizache está una mujer como si no se hubiera movido de ahí en años.

Eleazar ve a una mujer color de arena, y laxa, casi lánguida.

Los pies de Eleazar se detienen, su cuerpo se alza unos milímetros, sus ojos ven a la mujer como si vieran un fantasma inocuo y perfectamente desconocido. Sus pies avanzan tres pasos más y sus orejas oyen:

—Eleazar.

El cansancio en el rostro de Eleazar parpadea, luego dibuja una línea de disgusto, ligerísima, muy fugaz, como ante una impertinencia,

luego aquietta los párpados, luego mueve los labios.

—Sara.

64

Los labios dicen Sara como si dieran el resultado de un mecanismo herrumbroso que por algún rincón ciego del cerebro de Eleazar se hubiera puesto a funcionar sin mucha prisa.

Los ojos de Sara envuelven y absorben a Eleazar, lo buscan por todas partes, lo rodean, lo sitian, penetran con ansia, aparentemente inmóviles, en los ojos de Eleazar.

—Sí —dice Sara.

En los próximos segundos ella deberá saber quién es el hombre que está aquí en el camino de arena esperando que ella diga algo, qué le ha pasado, de dónde viene y qué va a hacer, y dónde está ella en este hombre.

—¿Cuándo volviste?

Le pregunta. Y un momento después sabe lo que quería saber, porque él, retornando el camino, pregunta a su vez, viendo la arena:

—¿Cuándo volví?

Ella a su lado. Él se coloca un cigarro en los labios y no lo enciende y añade:

—Ái estoy.

65

—Dónde.

—En El Charco —contesta con un asomo de extrañeza, como si la pregunta fuera estúpida o innecesaria.

Más de veinte pasos caminan en silencio. Sara se ahoga hacia la próxima pregunta, mientras Eleazar se busca cerillos en las bolsas.

—Por qué viniste. A qué viniste, Eleazar.

—¿Mm... ? No podía dormir.

—Yo salí a verte, Eleazar, salí aquí a encontrarte, pasaste frente a la casa, ya todo El Chapúl sabe que viniste.

—Ónde chingaos puse los cerillos.

—Eleazar...

Encuentra los cerillos, se enconcha para encender uno contra el aire, vuelve a caminar.

—Eleazar...

Fuma exactamente como si trajera una mosca zumbando junto a la oreja, y así dice, con condescendiente mal humor, un poco por no saber qué diablos decir:

—Y tú qué... qué haces... qué...

Sara lo mira de soslayo. Es una mirada que no dura más de un instante. Y un instante después su rostro se ha afilado dolorosamente. Ella no existe. No es que Eleazar la haya olvidado, ni es que Eleazar haya venido al Chapúl recordando alguna otra cosa o por curiosidad siquiera. El Chapúl tampoco existe. Eleazar se echó a caminar, no más, y la única calle del Chapúl estaba por donde él iba caminando. Ni el pueblo ni ella existen, ni siquiera los ha olvidado Eleazar, están perdidos, como cualquiera otra cosa, como otros pueblos y otras mujeres, muchas, en Eleazar, están presentes y están muertos en él como la arena o los huizaches o el cigarro que ahora arroja Eleazar sobre la arena. Su indiferencia no es fingida y es anchísima y dura. Afilado doloro-

samente el rostro de Sara, extrañamente rígida, helada, piensa a toda velocidad.

—Eleazar... —empieza diciendo— yo no me he movido de aquí en diez años, te he estado esperando desde hace diez años a ti Eleazar, a ti, todos saben que te estoy esperando, todos creen que viniste porque te estoy esperando desde que te fuiste, vinieron a avisarme que te habían visto, que ibas a la casa, todos saben que ahora andamos aquí, que estamos hablando...

Sin dejar de andar se vuelve a verla, sólo porque ella ha levantado ligeramente la voz y no hay en el huizachal ningún otro ruido, y dice:

—Qué traes...

Sara enmudece, los labios se le mueren bruscamente inútiles. Ella ha reunido en diez años un millón de palabras que ahora no tienen por qué ni para qué salir. Se siente odiosamente débil, me voy a caer, pero se rehace y sigue:

—Tú y yo estuvimos juntos una vez... un día... llegaste en la tarde... estábamos en la cocina. Tú

me lo pediste, tú me pediste que estuviéramos juntos, me dijiste pero orita ya, aquí, ya...

Él se vuelve otra vez, la ve de arriba abajo.

68 —Y me dijiste te prometo que nos casamos, yo no te pedí nada, tú dijiste te prometo que nos casamos, te lo prometo, lo dijiste muchas veces, me lo dijiste que ibas a regresar para casarte conmigo, te prometo que nos casamos tú dijiste...

Eleazar tiene el ceño fruncido, con mucho disgusto; se pone un cigarro en la boca y empieza a buscarse los cerillos. Ella vuelve a hablar:

—Yo no me he casado, Eleazar... ni he... estado nunca con nadie, ni se me acerca nadie porque estuve contigo... No he pensado nunca en nadie más que en ti.

—Ya párale.

Dice Eleazar haciendo sonar con fastidio la lengua y se detiene viendo el camino hacia adelante y hacia atrás, y oye la voz de ella:

—¿No te acuerdas de nada, Eleazar?

—Sí, seguro.

—Dime algo, Eleazar.

Eleazar se decide por el regreso, pero la voz se levanta aguda, colérica, angustiada:

—¡Dime algo, tú...!

69 Eleazar se vuelve, francamente irritado, pero la mira, al fin, y se desconcierta: una mujer delgada, de hombros altos y sombras moradas alrededor de los ojos, con el cuerpo levemente adelantado hacia él, una mujer de cuello muy largo y las manos a punto de unirse en el aire a la altura del pecho, una mujer tenue, que parece flotar en su ademán interrumpido y que ha gritado *tú, tú* ha gritado, está aquí y él está frente a ella, ella tiene agua en los ojos, un agua honda que tiembla en sus ojos, limpios, qué ojos, hondos, frescura, se anuncia una frescura que no sé qué, no sé, y Eleazar va sumergiéndose en ella, *tú*, y la boca de Eleazar echa un poco de aire, como si se le soltara alguna amarradura interior, algo adentro adentro de Eleazar exhala un

ay de descanso, la millonésima parte de un día, pero casi al mismo tiempo sus ojos se apartan, vuelven a mirar por arriba de la cabeza de Sara.

70 —Qué quieres que te diga.

Igual a no me estés jodiendo.

Sara lo ve alejarse. Todavía tiene el agua en los ojos, pero la millonésima parte de un día es como la eternidad, es, está ahí, está aquí conmigo, y poco a poco sus hombros y su pecho se alivian, descienden.

Esa tarde las mujeres van a casa de Sara.

71

—¿Vino?

—¿Lo viste?

—A qué venía.

—Qué sentiste, Sara.

—Está igual que antes, qué bárbaro.

—Dicen que ha hecho ¡bueno!

—¿Tú crees? ¡Lo que no ha hecho!

—Pues mira, si viniera por mí yo no lo pensaba dos veces.

—¿Cuánto te has esperado, Sara?

Pero ahora Sara está sonriente, segura, alerta, y no la atrapan. Ella no vio a nadie, salió al llano un momento, pero regresó y no ha pasado nada y contesta las pullas haciendo broma de sí misma, de su espera y de la legión de mujeres a la que tendrá que enfrentarse cuando Eleazar regrese, si regresa, un día de veras.

Esa noche Sara sirve la cena a su hermano, y yendo al brasero dice: —Llegó Eleazar.

Arnulfo engulle, y tuerce y une alambres de una trampa para ratas.

Sara viene del brasero.

—Bueno, no llegó, pero vino... Eleazar...

—Qué Eleazar. Aquello está lleno de ratas, las trojes...

Se sienta Sara: —Eleazar Resendes.

—Si pudiera echarles el piso de cemento qué Resendes es por la condenada seca que ya dura...

—¡Eleazar Resendes, el mío, Eleazar, el que tiene que casarse conmigo, Eleazar!

Sara se ha puesto en pie, empujando violentamente la silla. Arnulfo no deja de tragar ni de torcer alambres.

—Siempre dame las pinzas. Dame café.

Sara bota las pinzas a un lado del plato, y

con tanta ira vierte el café, que se derrama de la taza y del plato hasta la mesa. Arnulfo sorbe el café, abre un claro impaciente en la mesa, acerca la trampa y se aísla en ella. Sara está erguida en su silla, los codos sobre la mesa, el mentón enterrado en las manos enlazadas; la cólera le tironea los cabellos, como choquécitos eléctricos. Al cabo de un rato murmura Arnulfo:

—Ya ponte a trabajar, deja de perder el tiempo.

Se arrima la lámpara y abre y cierra y cierra y abre y cierra la puertecita de la trampa.

—Tás mejor sola. No todo ha de ser diversiones. Con el piso de cemento tendrían...

Bostezando y rascándose sale de la cocina. Minutos después inunda el silencio de la casa, preparándose para dormir. Bosteza, eructa, estornuda, se suena, gorgorosos gargajos, tose, dentellea, descarga brutalmente de aires el vientre y se asoma a la puerta: —Mañana me quedo en la troje, me llevas allá la cena y unas cobijas.

Sara no se ha movido. Asiente. Oye cómo se aplasta el cuerpo de Arnulfo contra el colchón, cómo sisean las rudas sábanas, cómo jadea el silencio. Sus manos bajan poco a poco hasta la mesa, se mueven unos milímetros tentando la mesa, se juntan sobre la mesa, se enlazan, se desenlazan, tientan la mesa, se juntan rozándose apenas, se enlazan, tientan la mesa como manos de ciego a caza de moronas o rugosidades invisibles.

Eleazar regresa al Charco casi exactamente como entró en la calle del pueblo. Salvo una fugitiva desazón, una parpadeante hendedura en su ánimo, en su cuerpo herida sí herida no pero ¿por dónde? como si aquí o acá, en el estómago, en los muslos, en los brazos se le abriera de pronto una debilidad que él desconoce y lo hace incorporarse en su cama y pensar un segundo en quién sabe qué o que le abre los labios, sí, sonrío porque sí en la Sala Grande, estaba dando cartas y de repente sonrió y se quedó ¿cómo te diría? y ya luego volvió a dar cartas pero no estaba dando cartas ¿me explico? salvo esta rendija por donde dos o tres veces se ha colado un rumorcito de lluvia, todo sigue igual. El encuentro con Sara ha sido un accidente mínimo que pudo haber ocurrido con alguna otra mujer de algún otro lugar. También en esto Eleazar viene de vuelta.

Tenerlas a cambio de la promesa de matrimonio, en esas tierras del norte cosa tan peligrosa, fue parte de su aprendizaje; al principio, porque después, más hecho, se casaba, cómo no, cuál es el apuro ¿casorio? os como si ya, pa cuándo, si yo no pido otra cosa ¿con civil?, ¿con iglesia? cómo quieres corazón, como quieras por tal que me lo amanses, y deste lado y lotro, en inglés y con la raza, la frontera es pa culear señoritas en dos idiomas ¡pos mira! No ha pasado nada, pues. Aquella huerca loca tísica que salió ái en el llano. Sí, de cuando era chavo ¡dime tú! Y sin embargo, dos o tres veces Eleazar ha respirado largamente, como si descansara su vieja fatiga.

Y Sara sabe que eso está sucediendo, por eso descansaron sus hombros cuando lo vio mirarla, asomársele a los ojos. La millonésima parte de un día es como la eternidad. Y por eso también está indecisa. Pasa el día repasando cada gesto, cada movimiento de Eleazar, cada palabra que dijo y todos y cada uno de los tonos de

su voz, el desconcierto invisible cuando la miró, el gemido imperceptible, un soplo apenas, que dejó escapar antes de alejarse. En el espacio que vivió con Eleazar no queda fuera de su repaso el filo de una espina. Cuando llegan las mujeres ya puede fingir desinterés; en la noche, luego de hablar con Arnulfo, está a punto de saber qué va a pasar; antes de dormirse lo sabe.

Al día siguiente limpia de punta a punta la casa, lava, zurce y plancha la ropa de su hermano, sale a la calle y se tropieza con Napo chico, cuántas veces ha sucedido y Sara sólo ha dicho adiós Napo; Sara, dice Napo como siempre, con devoción; adiós Napo, repite Sara; Sara, repite Napo; y Sara nunca se ha detenido y se detiene ahora, nunca ha sido argüendera y ahora le cuenta a Napo chico, nunca ha mentido y ahora le miente a Napo chico, nunca ha pedido ni ha prometido nada a nadie y ahora le pide y le promete a Napo chico, y se sorprende de oírse natural, nada papelera, como diciendo lo que es

cierto y teniendo que decirlo, y se sorprende de no sentir vergüenza ni remordimiento y se despide como si nada y Napo chico queda clavado a media calle, las orejas llenas de lo que tanto quiso y nunca oyó. Sara va diciendo mientras compra y compra para muchos días en la casa: “¡Onde nunca! Cómo fui a parar a Napo y lo que le dije. ¡Onde nunca!” que quiere decir si esto jamás había sucedido, jamás podría haber sucedido. Porque Sara anda haciendo cosas, no más, a distancia de sí o desde lo más adentro de ella misma; porque desde la noche anterior, que pasó sentada ante la mesa de la cocina, persiguiendo con la yema de los dedos moronas invisibles, viene y va, irá y vendrá hasta antes del final llevada y traída por una mano en cuyo inmenso cuenco cabe todo este mínimo ajedrez, y que conste: esa desmesurada mano no es de nadie.

Y hechas sus compras pasa a ver a David el herrero y le dice:

—David, buenos días.

—Sara. Qué pasó, Sara, ya me dijeron, ayer estaba yo aquí con una rueda de carreta ¡y en un repente! pero el muchacho sonso no se apuraba y yo no tenía modo de soltar la rueda...

—Sí David, ya todos sabemos, sí, déjame decirte...

—Ah. Ajá.

—Si te necesito ¿me ayudas?

—¿Eh? Qué te pasa.

—Así David, así, nada. ¿Me ayudas si te necesito?

—Lo que sea.

—Gracias David, yo vengo a verte.

Llena la despensa con sus compras, prepara la cena, se baña en la pileta del patio, se peina con esmero y se cubre la cabeza cuidadosamente con un trapo ancho, hace un bulto con su mejor vestido, sus mejores zapatos, sus mejores medias, recorre la casa comprobando que todo

está en su sitio y cierra con llave la puerta de la calle.

Al anochecer llega a las trojes de Arnulfo.

82 Lo ve trabajar un rato, y hay tristeza y ternura en su voz cuando se despide:

—Ya me voy, Arnulfo. Arnulfo... me voy.

Arnulfo ha terminado varias trampas para ratas y se afana desesperadamente en ponerlas donde más conviene.

Dos horas después El Charco esplende en la oscuridad del desierto, y a medio kilómetro de distancia, entre los huizaches, Sara se está vistiendo con sus mejores ropas. Del vientre del Charco llegan apagados el vocerío y la música. Sara se alisa los cabellos, se unta saliva en los párpados, espera a que su respiración se calme. Los tacones se atorán en la arena. Se quita los zapatos, los limpia. Echa a andar.

El Charco se acerca, se acerca en el desierto oscuro, parece que crece monstruosamente pre-

ñado de música y gritos, y su lucerío parece un incendio.

Sara entra en El Charco.

En El Charco hay hombres de El Chapúl. El escándalo comienza.

Eleazar se conmueve mucho menos de lo que Sara había previsto, su reacción más fuerte es la impaciencia.

Los hombres de El Chapúl gritan ¡regálanos a Sara, Eleazar!

Eleazar de acá para allá, buscándose cerillos, si acaso un poco más cansado que de costumbre. Y Sara sentada a una mesa, sola todavía.

—¡Desnúdate Sara, si no a qué veniste!

El escándalo arrecia. Las prostitutas van y vienen hablando de dramas. Algunos se aprestan a reclamar a Eleazar, que ya está bajo el alud de La Alazana. Se apunta la bronca. Sara es ahora centro de disputas y exigencias. Déjala, huerco, te quemas. Por qué déjala ¿nos-

tá aquí adentro? Te digo, déjala. Tú, quita la mano de encima. ¿La trajiste mamando o vino sola? Té cállese jijo e su chingue, véngase pacá. 86 Ándale huerquita, ponle al toque. Y éste la levanta y la ciñe y otro lo aparta y lo derriba con furibundo empellón. Ya viene La Alazana. Sara busca, persigue con los ojos a Eleazar. Sus ojos enormemente abiertos persiguen a Eleazar. Sara blanca como tiza, tiesa. Se traba una riña. Chillan las mujeres. Eleazar alcanza a La Alazana, se le cruza, sin prisa, para allá, tú, qué polvo haces, antes soportó el alud fumando, viendo a otra parte mientras La Alazana ensartaba sus intrincadas amenazas, pero ya, las cosas están a punto de ser ciertas y ha usado ese tono opaco, arenoso, de impacientísima fatiga que ella conoce bien, y obedece sin pensar, da media vuelta y se va a donde él ordena. Eleazar llega hasta Sara. La riña junto a Sara, casi encima de Sara.

—Ya —dice Eleazar, alzándola.

—No me voy de aquí —le dice Sara con voz extrañamente suave, dulce.

Eleazar la encierra en uno de los cuartos y regresa a la Sala. Pero esto de ir a encerrarla no es Eleazar, porque ¿cuándo Eleazar con una mujer por delante, a trancos, tropezando, empujándola por toda la Sala y escaleras arriba hasta uno de los cuartos y decirle: aquí, métase, ni te asomes a la puerta? Esto es verla, es saber que existe esa mujer, pero precisamente esa mujer. Esto es lo mismo que aquella debilidad de estómago o de brazos que lo sorprendía de pronto, es aquel estupor cuando se asomó a los ojos de Sara, no ser Eleazar, o andar buscando sin saberlo una fuente, aquel soplo inaudible en el desierto antes de alejarse de Sara. Se distrajo, pues, y entrando en la Sala no vio, no presintió, no le dieron tiempo a ésa su legendaria velocidad, un cachazo en el cuello, los de El Chapúl, tres de ellos, un cachazo en el cuello corta la vida, inmediatamente después las putas vieron cómo se hundía 87

flotando en un remolino de injurias, puñetazos y patadas. La Alazana se estremece como bajo la urgencia de una caricia atroz. Ya se van los de El Chapúl, arrastrando a Eleazar hasta la entrada. Y desde la entrada presentan sus credenciales: le dicen que fue Edelmiro, avísenle José Joaquín Garza por si le queda pendiente, que fue Velasco, de El Chapúl, nomás le dicen. Nadie para a tres hombres con cuarentaicincos cartucho cortado.

89 Ha recordado durante dos noches y dos días buena parte del pasado. ¿La golpiza lo ha llevado gozosamente al pasado? ¿Lo ha llevado pesarosamente? ¿Qué sucedió? ¿Por qué le pegaron? Él, que no dejó sin sangre ninguna deuda, no piensa ahora en la venganza. Hecho a través y a lo largo de enemigos, supo siempre por qué lo eran, ¿pero ahora? Tú tienes tu asunto, tu negocio, tu vida ¿yo qué con tu vida?, ¿por qué te voy a cáir como si me debieras de hace tiempo? Así le dieron, con fe. Se tienta la sangre reseca en la cabeza, en la cara, la blandura morada de las hinchazones. Por qué, carajo, por qué. Le duele el estómago. ¿Qué le pasó a esa loca, qué le dio por venir a meterse? La encerró, sí, pero por un rato. ¿Dónde quedaría? Según veo llevo aquí días. Tenía esa vez un vestido verde, medio roto. Trajeron al doctor, sí, me acuerdo, medicinas.

Aquella otra vez nos robamos las sandías ¡pero mucho más atrás! ¡uuu diatiro huercos! luego yo fui a pedir perdón y nos perdonaron yo siempre pedía el perdón ¿verdá? y nos perdonaban. David. Le pegó con un alambre porque le tiramos un pedazo de cerca, le pegó con un alambre Arnulfo ¡Arnulfo se llama su hermano! y al día siguiente lo apedreamos David y yo, ya me habían corrido de la casa de doña Eva ¡doña Eva se llamaba! ¡ah, la estuve espiando! siií, le conté a Sara (Sara ¿Sara?...) me iba a pegar doña Eva pero se me quedó mirando y me corrió nomás, y se los chupamos a Sara, primero yo, les conté cómo estaba doña Eva, cómo se los enjabonaba, tú también, le dije: no, dijo Sara; sí, porque res mujer ¿verdá David?; sí, dijo David; y le zafamos el vestido ¡qué ganas de chupárselos me dieron! ponte así, le dije; ella se puso como que quería llorar y yo chupe y chupe; ora David; no, David no, dijo Sara; tonces ya me voy; y se dejó chupar de David, eso no se me olvida, me estaba

viendo y lloraba y David chupe y chupe; se echó a correr y luego no quería salir, David me mentó la madre ¡pero mira, lostoy viendo! me la mentó y fui a ver a Sara por el corral de atrás si no sales ya me voy de aquí y pasamos a ver a David y ya como si nada, ¡ah no, pero mira! ya no con David después, porque eso sí no quería, pero, me habían recogido en la casa de don Napoleón Velasco, Napo chico me dio el cachazo, sí, seguro, alcancé a verlo, es lo que digo hombré, ¿pendiente o quever? no yo no dejo pendientes, pendientes madre, acá, nooo s cómo, sábe quéle picaría ¡Napa chico nos vio una vez! me iba a chiflar y me la llevaba al escusado, hasta atrás y se los chupaba en el escusado y la ponía a que me lo chupara, mira, cómo se pierde... se olvida uno ¿no? si eso me extrañaba, decía qué raro y más ganas me daban porque ella, Sara (Sara, Sara... ¿qué... ?) me dejaba que me le asomara pero todo como queriendo llorar ¿verdá? sí como queriendo echarse a llorar, pero era de

a güevo si no yo miba, que después ella ¡sí! se ponía a decirme cómo se iba a casar con quién sabe quién y se iba ir en un coche para que me diera rabia, le pegué a Napo chico, por si él era el del coche o por el chisme sería cuando nos vio, Napo chico siempre le estaba regalando cosas y Sara me las enseñaba ¡momento, Napo estaba enculado y todavía, si no pa qué el cachazo, aaay pendejo Napo! ¡a que la que, ora lo entiendo! me pegó don Napoleón, una patada, él sí me pegó, por el chisme de Napoleón chico, me corrió, de eso sí me acuerdo la calle larga como su chingada madre y ¿dónde te tapas del sol? te ahogas, Sara me daba en las noches porque ya Arnulfo, Arnulfo se llamaba, sí, la tenía metida en la casa todo el día, ah pero me moría de hambre sí señor, y el papá de David chingao ni verme, Sara salía con el café y las gordas ¡qué jodido entonces, cómo se me había olvidado! ¿y de ahí a dónde? Las costillas, las piernas, las manos, los párpados. Siente su cuerpo. Y con

él auestas va orientándose a través de punzadas, extrañezas, preguntas, recuerdos. La calle, la calle eterna del pueblo, obsesivo escenario de sombras, voces que van y vienen desde lo muy lejano y borroso hasta la súbita nitidez aquí, en el cuarto, ahora, una risa, es David que se está riendo la cara enterrada en una enorme rebanada de sandía, el ardor, el interminable insomnio de la patiza y el cuello hinchado a reventar un único enloquecido dolor día y noche y noche y día, no, no era David, ta madre me estoy volviendo loco ya, clarito lo vi aquí adentro, con un vestido verde ay Dios, quedó junto a la piedra del agua en la cocina, dime que sí, que serás mi mujer, y luego los otros pueblos, tantos, pero no, Sara... que serás mi mujer, dime qué sientes y no sé qué le dije no sé por qué me acuerdo de la peluquería ya van varias veces, loco ya chingao ¿qué sería? ¡diez años después vino a meterse! ¡ay el cuello, perombré, así porque sí nomás, os qué más o dónde o cuando, nada más, venir-

seme encima, onquel Napo chico traiga todavía el amor a flor de culo ombré, pos cómo va ser!

94 Cuando guiado por el viejo del portal David entra en el cuarto, Eleazar lo saluda como si nunca hubiera dejado de verlo.

—Quihubo David.

95 Cuando sale David, Eleazar está sonriendo, divertido, desdeñoso. David ha hablado, él solo; Eleazar no ha abierto la boca después de “quihubo David”. ¿Quién dijo quién sabe dónde que la vida es un cuento contado por un idiota? David es un idiota y ha venido a contar un cuento largo, largo, interminable hasta la muerte, un cuento que todavía no comienza y lo principal del cuento es Eleazar, o será, más bien, será Eleazar, hazme el favor, siempre fue sonso David y habla y habla y cree que así es la cosa porque ya lo dijo, ya estuvo hablando, va a pasar esto y lotro quién sabe qué, primero me puse a oírlo, después ya no lo oía, sabe qué tanto decía que voy a hacer que voy a tornar, tú pallá, tú pacá, tú y Sara, Sara parriba y pabajo, la casa vieja, habló con Sara, no porque él quisiera sino Sara le dijo y él viene y me dice sabe qué tanto,

ni vi cuándo se fue, había una vez un caballo quera fantasma de un caballo y galopaba por las azoteas ¿quién nos contaba lo del fantasma del caballo? pero así sí, pues, que era, que ya no, un caballo de hace tiempo, no que va a ser, que todavía no, cómo, va a haber una vez, un día por delante que quién sabe cuándo vaya ser, un fulano que se va llamar Eleazar ¡dime tú! y una Sara en un mugrero de casa hecha ruinas, ándale pues, así va ser ya lo dijiste, que ya habló con Napoleón chico, que miba matar pero ya no, ya no tengo ese pendiente, ah ta bueno, muchas gracias, no sabía que me iba a morir mira qué suerte.

En ese momento entró La Alazana. Y haz de cuenta el náufrago y las fuerzas lo abandonan y demás y el madero que a lo último le arrima la marea. En ese momento David quitaba la cadena de la puertecita de la casa en ruinas, y Sara entraba como quien llega al cabo de años a su paraíso.

Entrando La Alazana, Eleazar sonreía y La Alazana pensó es a mí, y no esperaba tanto, no esperó un segundo más. Y lo que te dije del náufrago, se le prendió Eleazar.

Y así, sonriendo, ajeno a un cuento que no tiene para cuando comenzar, es decir, siguiendo él su vida, siguiendo él adormecido en los días del Charco, en las noches del Charco, el cuento que todavía no es cuento a veces es chistoso, como que sí va a pasar, como que sí será, Eleazar acepta lo que le cae encima, porque le va cayendo sin peso, cosa futura, porque Sara es vehemente pero es tenue, y por La Alazana.

Lo nuevo entonces, lo único nuevo, es su amor con La Alazana. Amor estrepitoso. Lo aceptó, al cabo, por mero instinto de conservación y ahora lo espolea y lo escudriña para hurtarse en él a un desasosiego que viene ¿de dónde? ¿cuándo comenzó esta... este... qué cosa?, ¿qué cosa comenzó? A veces siente que un peligro viene adelante y ¿pero cuándo no me ha esperado adelante algún peligro? entonces... no sé, ¿por

qué... ?, ¿por qué qué? no es peligro o no es peligro que uno sepa cómo entrarle ¡esto es! y no es que te vayan a matar, entiéndeme, sino que...
100 ésta es tu vida o cuál otra, como si dices ésta es mi vida, éste es mi pellejo ando con él no tengo y te la van a quitar, no que te maten sino que te quitan tu vida, por eso nunca le hice a la droga, nunca me le pegué, ojalá me explique. A veces siente que acaba de estar en un descanso irreal, hace un momento, ahora, cómo huele la lluvia ¿verdá? ¿cuál lluvia? ¡pero mira, hubiera jurado! cómo llovía cuando llovía, me iba a respirar al llano, el chaparral ardiendo de pura seca, se mascaba polvo, y sin aguavá ái te va el agua, de sopetón la tempestad, corríamos bien adentro del llano, lejos, y respirábamos la tierra empapada, las nubes de polvo viejo entre el aguacerón, hubiera jurado, ora mismo, clarito sentí que estaba lloviendo. En la peluquería había un cuadro ¡sí, un cuadro! A veces una mosca le zumba en la oreja, y no quiere recordar

cuándo sucedió eso, que zumbó la mosca por primera vez, por dónde iba él e iba zumbando la mosca. Incesantemente. Con La Alazana todo esto desaparece, pasa, y lo de siempre —el vacío— lo tranquiliza. Así está bien, no le muevas. Y sólo para estirar un poco las piernas o por huir un poco del ruido del Charco, a veces, va a asomarse a la casa, digo, es un decir, áista la casa a la entrada del pueblo, yo voy y vengo por el camino, qué me voy a asomar. 101

La casa ruिनosa a la entrada de El Chapúl era la casa de los padres de David. Sara no puede ir a ninguna parte, en ninguna parte hay sitio para Sara; como no fuera el cuarto donde la había metido Eleazar... David le dijo a Eleazar: —La voy a llevar a la casa vieja.

—Ándale pues —pensó Eleazar.

—Y vas allá, Lieser —dijo David—, te das tus asomadas. Desde hoy estará viviendo allá. Mañana ya puedes asomarte.

—Seguro —pensó Eleazar—, ya mañana me asomo, cómo no me lo dijiste antes, voy corriendo.

No sabía ni remotamente de qué casa vieja le estaba hablando David, claro claro la casa vieja, ni siquiera se preguntó ¿qué casa vieja? Y sí sabía. Y allí estaba Sara, la primera vez que fue Eleazar a asomarse. La vio trabajando. Se paró

junto a la puertecilla. Sara arrancaba yerbajos, quemaba ramazones. Vino derecho a él. Se veía hirviendo de sol.

104 —Cómo estás, Eleazar —le dijo y le sonrió mirándolo a los ojos. Cuando de sopetón revienta la tempestad los niños corren hasta muy adentro del llano, y cogidos de la mano, ciegos de agua, aspiran el polvo viejo entre el aguacero. Las palabras entraron en Eleazar devastándolo todo, con poderosa dulzura. No supo Eleazar que sin poder moverse, desencajado casi, había estado viendo los labios de Sara, ese brillo blanco, sus dientes.

—¿Estás quemando yerbas? —preguntó en plena tempestad, completamente envuelto en una nube de polvo que subía agarrándose al aguacero diez y siete años antes. Aspiraban el polvo y se sorbían el agua de la cara, el agua del cuello, se abrazaban para resistir la fuerza del aire, y de tan juntos, se besaron, se besaban, esa vez aprendieron a besarse. No supo que preguntó

de nuevo ¿estás quemando yerbas? porque estaba diciendo, diciendo adentro el peluquero me dejaba ver el cuadro cuando no había gente.

Dichoso el que un día, si llega el día, sabrá 105 del mar, de un pequeño cuadro de mar cagado de moscas, y de tus ojos, mares, y de mi amor, su amor que quién iba a pensarlo viene desde lejos, yo te quiero, dijiste, le dijo, te dije yo te quiero. Ay Dios, pero hace tanto tiempo.

La segunda vez que fue a asomarse estaba David con Sara, y Sara le dijo delante de David: —Dame dinero para arreglar la casa, y para comer.

Después David le preguntó a Sara: —¿No te importa que no te quiera? ¿ni de dónde sale el dinero?

—Sí me quiere. Y es su dinero —contestó Sara.

David iba a decir algo, estaba seguro de que iba a decir algo, pero no supo qué, y se quitó el sombrero, le dio un par de manazos, arrugó mu-

cho la frente por si acaso algo se le ocurría, volvió a ponérselo y Sara rió con mucha diversión y luego se puso seria y dijo:

106 —Pero ahora sí vas a ayudarme, voy a llorar mucho aquí sola.

—¡Ándale, ahora sí sé qué decir! ¿Por qué llorar? ¿Por qué vas a llorar?

—No me preguntes tantas cosas, David —contestó Sara.

—Ií... yastamos en lo mismo otra vez, yo buscando adivinar lo que se traen entre tú y aquél y hecho un sonso, si antes nada ora onde nunca ¿verdá?

—No te enojas, David, yo sé qué tiene que pasar, pero no sé si va a pasar.

—Ií si no me enojo pero no atino, pos cuándo, mejor yo a lo mío y ái me buscas y me dices qué hace falta —rezongó David ya yéndose, alzando el brazo a modo de hasta luego.

—Espérate no —lo alcanzó Sara repentinamente ansiosa—, no te vayas así.

—Qué pasa.

—No te vayas así, David, espérate —lo cogió de la manga, como si el rezongo de David, su agraviado hasta luego, hubiera amacizado la soledad que la rodeaba, el no saber qué, ni cómo, ni para cuándo, y ella sola, ahogada de amor forzosamente inmóvil, mudo, amarrado a una maldecida y última espera forzosamente gentil, tierna, tenue, casi impalpable; una espera que se saciaría revolcándose, desgarrándose y aullando, asesinando de un solo tajo a todas las putas del Charco, a diez años impenetrables de Eleazar, inyectando en Eleazar desesperadas brujerías de ternura y rendición. Y David que se iba fue de pronto la gana de no seguir en una pesadilla espantosa y decir yo soy esto y yo soy también esto otro, de verdad yo soy y estamos todos en la vida, no estamos todos locos ni muertos.

—Cálmala, huerca.

—No, David, qué quieres que te diga, si no sé qué yo misma no sé qué, ora que le pedí el dinero se me salió, no lo había pensado, de repente oí que se lo estaba pidiendo no sé para qué no sé por qué...

—Bueno, huerca, está bien, no brinques, tá bien.

—No, David, déjame decirte lo que pasa, si no quién, si tú no me ves entonces quién, orita necesito hacerme fuerte, si no, me muero o peor, me vuelvo a quedar esperando y me he muerto todos los días diez años esperándolo, tú sabes que él es todo, todo, que yo por él desde que recuerdo y es igual ahora, siempre ha sido igual; no ha pasado ni tantito así, David, yo vivo como muerta si no lo veo y ya lo volví a ver, David, ya está aquí...

—Huerca, Sara, perdóname pues, aquí estoy, lo que tú digas, cálmale ya.

—...me fueron a avisar, lo vi pasar y ni se voltió a la casa, ni siquiera vio la casa, no sé

cómo pude, corrí a esperarlo eso sí sé, sí sé que lo único que quería era que me encontrara, decirle que ya había regresado y yo lo estaba esperando, si tú hubieras visto, David, como si me hubiera visto ayer que me hubiera dicho mañana vengo, como si yo fuera otra mujer de esas miles, ni me veía, David, ni siquiera me le había olvidado, hasta que vi que me miró como te he contado tantas veces que tú me dijiste ya deja de contarme esa sonsera, esa tarde en la cocina, te la he contado...

—Sí, sí, pues.

—...espérate, eso es lo único que hice así porque quise hacerlo, lo demás no sé cómo, como dormida...

—Vente acá al portal, está pegando el sol —tira de ella, pero ella no se mueve, se zafa y sigue, a la mayor velocidad que le es posible:

—...como dormida, como si no fuera yo, es otra que está lejos y hace las cosas, piensa y piensa y piensa y piensa, cuando te fui a ver no

110 sabía qué iba a hacer, te dije que me ayudaras, pero sí sabía, quiero decirte sí y no porque no era yo cuando iba llegando al Charco por el llano, David, yo no iba, David, ni miedo tenía, me dormí en el cuarto ése y te mandé llamar y oía que decían las mujeres está ida, está embrujada mírenla, no sé hay algo que me da mucho miedo que me da mucha alegría, que me dice, no, que me empuja haz esto y haz esto y ahora haz esto y lo hago y estoy temblando de miedo, David, y de gusto no sé, por eso te pedí que fueras a verlo y le dijeras y te pedí la casa y si tú me has prestado y lo que yo tengo que aunque sea me alcanza ¿para qué le iba a pedir a él? pero es así, no sé dónde oigo pídele dinero y ya me estoy oyendo, así como si nada, tú lo viste, riéndome: “dame dinero para componer la casa y para comer” y por dentro me quedo gritando.

—Métete a la casa, te digo, te está haciendo daño el sol.

—Déjame —está llorando Sara, llorando a ríos—, déjame, no sé por qué tengo que estar aquí, por qué tengo que arreglar la casa, no sé qué hago aquí pero aquí tengo que estar, aquí vendrá, vendrá, David, tiene que venir y si me voy a otro lado allá no va, allá no irá nunca Eleazar, no sé, no te puedo decir, no te puedo... lo que quiero es decirte, lo que quiero es que me entiendas o quién sabe, que me digas tú qué es o qué, no me puedo explicar, porque yo ya me iba a echar a correr allá en el llano, ya para qué más, pero me miró de repente me miró tan cansado, tan cansadísimo y como que se recostó, David, como cuando antes, que no tenía quién, tú te acuerdas, perdóname que esté chillando, no sé, él se acordó de todo, él no sabe pero se acuerda de todo y no sabe, como aquella vez que me dijo yo te quiero...

—Sí pues, ya me contaste, vente...

—No, espérate, pero se le olvidó todo otra vez, allí mismo, cansadísimo, cansadisísimo, ten-

112 go que, no sé, David, no sé, a veces pienso lo tengo que despertar, tengo que ir al Charco, yo le pedí a Napo chico, lo fui a ver, bueno, me lo tropecé y le dije, Napo chico no me creyó pero fue.

—¡Tú fuiste a ver a Napo chico; le dijiste!

Otro día en la mañana a las 11 llegó Napo chico al Charco, según había convenido con Sara, según Sara había convenido con ella misma en voz alta en plena calle cuando detuvo a Napo. Por si las moscas, se enteró primero de que acababa de llegar el médico y estaban curando a Eleazar; luego preguntó en qué cuarto estaba Sara, porque ya sabía que no estaba en El Chapúl.

—Sara —dijo entrando, en el tono que siempre usaba para decir Sara, un tono devoto, cargado en la ese, apagado en las aes, un poquito gemido o secreteo. No podía evitarlo Napo chico.

Sara estaba parada frente al ventanuco, viendo cincuenta centímetros de chaparral. Se dio

vuelta, despacio; se veía casi transparente; su vestido, arrugado por todas partes; sin zapatos; sus cabellos en desorden. Sonrió y dijo:

—Napo.

Se sentó al tocador, y sin asco de usar esos peines, esas cremas y aguas de olor vivísimo, comenzó a componerse, todo muy despacio, muy natural, parecían suyos el cuarto y el tocador.

—Ya veniste —dijo.

—No vengo a cobrarte —dijo Napo.

—Cómo está Eleazar —preguntó ella.

—Lo están curando —contestó Napo.

Napo la veía en el espejo, fijamente, y dijo: —Vengo a ver qué me cumples, de todo lo que me prometiste, lo que quieras cumplirme.

Ella parecía muy atenta al peine y a sus cabellos.

—Por qué, Sara —preguntó Napo.

Ella desvió su mirada y la puso en Napo, en el espejo. Se veía triste, Napo; su tremenda corpulencia se veía aterida. Y Sara, como si no le

debiera nada, a Napo, sólo, sí, casi transparente, y los labios borrados, una línea apenas.

—No te engañé ¿verdad Napo?

114

—No.

—No voy a cumplirte nada.

—Tá bueno.

Napo se mueve por el cuarto, va a asomarse al ventanuco.

—Napo... —cierra los ojos Sara, deja las manos en el regazo, abandona sus hombros, su cabeza—, yo sabía que no te estaba engañando... y sabía que de todos modos ibas a venir... ibas a hacer eso... y que yo te iba a decir que no te daba nada...

—Tá bueno... —dice Napo viendo cincuenta centímetros de chaparral—, yo también lo sabía.

—Sí —dice Sara inclinando más la cabeza, buscándose, buscando ser menos y menos. Así, siente la enorme mano de Napo en los cabellos. Es tan poderosa y ruda la mano, que crujen los cabellos bajo la dolorosa caricia. Y Sara no se

mueve y piensa si esto fuera todo, si fuera feliz tentándome los cabellos.

—¿Por qué, Sara?

Sara oye la voz a la altura de sus orejas, se endereza sorprendida, casi asustada: —No sé. 115

—Tenía que ser ¿verdad?

—No sé... pero... sí, tenía que ser.

—Tenía que ser, si no ¿cómo?, ¿verdad?, si apenas si se fue a asomar al Chapúl y ya tiene aquí meses y un día pronto se te va otra vez ¿verdad?

Asiente Sara muchas veces, hurtándose a la fija mirada.

—Lo que no vuá entender nunca, Sara, es qué tiene que ver lloverle porrazos a un fulano... pa que mire a una mujer, pa que sepa pues que la quiere, porque así es, el único que no lo supo nunca fue él porque siempre ha sido muy pen-dejo. Qué tiene que ver...

—Yo... siento que lo puedo decir pero... pero no sé cómo...

—Si es que no eras tú, Sara, no eras tú allí en la calle contándome cosas, prometiéndome quién sabe cuánto. Cuando una mujer esto ya lo
116 he visto trae una cosa, un cuento, trae un que-
hacer pa la vida, así es; no es ella, hace cosas que no son de ella, por tal de arreglar su asunto... Yo así te sentí. Por eso le pegué de verte así, nunca se mereció el hijo e su puta madre...

Se golpea una mano con otra, Napo. Y dice en voz muy baja, muy ronca:

—Yo qué diera, Sara, Sara yo qué diera... Cómo no lo maté.

—Perdóname, Napo —dice Sara sollozando sobre sus manos, al cabo de un tiempo.

Napo ya no está. La puerta del cuarto está abierta.

—Y no me importa, David, no me importa. ¿Qué me estoy volviendo? Es como si el diablo me estuviera diciendo lo que va a pasar, o no, no lo que va a pasar, lo que hay que hacer para que pasen cosas, las que sean, horribles o malas

o que me avergüenzan, las que sean, pero no sé qué cosas van a pasar y como sí sé, me da mucho miedo porque es cosa del diablo y me pongo a llorar todas las noches, no hago más que llorar
117 todas las noches porque qué voy a hacer si no pasa nada, David, no me puedo mover de aquí, no hay otra casa más cerca del Charco...

Llora entre convulsiones, a pleno sol. David la va llevando hacia la casa, quitándole el sol con el sombrero. Y ella va balbuciendo:

—...Y yo sé ese cansancio yo no sé si se le va a quitar, porque no me puede ver, no me ve, no me mira, con ese cansancio no me mira.

—¡No hiciste nada sonso, mía nomás, pos en qué te has estado rascando las verijas, cabrón güevón! —gritó David llegando a la herrería, positivamente furioso, y pateó acá, botó allá, derramó por allá, y el aprendiz corría de un lado a otro tropezando y sin atinar en qué ocuparse. Porque David había estado mirando mucho tiempo a Sara sollozar en la sombra del porta-

lillo, mirándola desolado, entendiendo mucho menos que antes, acuclillándose, cogiéndole las manos, suplicándole ya no llores, huerca, huerquita Sara, ái me dices lo que vaya haciendo falta, huerca, ya no llores, huerquita Sara, ái me dices lo que vaya haciendo falta; y vuelta a lo mismo otras doscientas veces, pues no se le ocurría nada mejor y Sara no paraba, hasta que se vio David casi corriendo por el camino de arena, hecho un energúmeno David y maldiciendo en alta voz me llevan a mí las tres chingadas os quién me manda preguntar y el trabajo todo tirado en la herrería.

Y se enfrenta al pueblo, silenciosa y tenaz, ciega a las sonrisillas y a los ascos, sorda al reguero de murmuraciones, a las mujeres Cállense ái viene la puta, Espérense ái va la puta, Oyes Tencha ora que estoy viendo ¿es cierto que por aquí viven putas del Charco?; a las invitaciones inmundas ¿Qué pasó, Sarita, cuándo nos comemos esa machaquita con güevos? ¿Qué no habrá modo, Sarina, ora que ya tienes permiso de Eleazar? Mojo, desarrugo y plancho todo de gratis, tú dirás a qué horas paso, Sara. No deja de ir al pueblo un solo día, y trajina con ahínco en la casa, volviéndola poco a poco habitable. David le ha enviado a uno de sus aprendices, y los días libres viene él mismo a ayudarla.

—Ya no te van a decir nada, ya puedes ir en paz a donde quieras; tampoco ya van a venir a gritarte aquí en las noches.

—¿Qué? —Sara se le queda viendo como si él hubiera farfullado un montón de palabras inconexas.

120 —Ya te van a dejar en paz, ya no te apures por eso.

—¿En paz de qué, David? ¿Quién me va a dejar en paz?

Perómbre qué mujer esta hombré, dice bien anda como dormida, como ida, como sonámbula, quién sabe cómo anda ¡paquella lo diga! no ha cáido en cuenta que... os nada, no ha cáido en cuenta de nada, piensa David y, abollando a manazos el sombrero, se va yendo, inútil, ái anduvo comprándose billetes, ni quien se hubiera enterado que hacía falta, ando yo de buey a ver, comprándome el panteón: va venir Sara, tú, Edelmiro, porque sé que te gusta decirle cosas, irle a apedrear la casa, os fíjate que va vivir para siempre en esa casa y va venir seguido por acá, yo por esto, Edelmiro, fíjate bien: ella viene y tú abres la boca y yo vengo a verte y es billete

pa la vida ¿cómo ves?, así de buey con Edelmiro y con el otro y con el otro y vengo de ofrecido: ya no te apures, Sara, ya vas estar en paz, y ésta que ni ve ni oye, a dónde irá dar todo esto ¡álganos Dios!

121

Quién sabe qué quería decirme, que se fue enojado, en paz quién sabe qué, piensa Sara viendo al hombre que se aleja a broncos trancos, aporreando el sombrero.

Eleazar la ve un día desde el camino: Sara está colocando cortinas en las ventanas, sube y baja de una silla, sale al portalillo, estudia la disposición de las cortinas, entra, sube a la silla, llena la casa con sus martillazos.

Una noche un perro muy pequeño amarrado a una estaca cerca de la entrada, ladra furiosamente: Eleazar lo está viendo desde la entrada, y sonrío. La casa está apagada. Eleazar la contempla un poco: el patio limpio, el portal recién pintado, el pozo con su brocal completo, plantas, macetas. El perro ladra angustiosamente.

Eleazar se da vuelta y se oscurece en el camino. Detrás de una ventana la silueta de Sara no se mueve.

122 Y así un día y otro, y luego muchos días y muchas noches en que Eleazar no viene, y Sara detrás de la ventana.

Y luego: Sara oye voces en el patio, se asoma: ahí está Eleazar ayudando al aprendiz a plantar pitas enanas para la cerca. Casi contiene el aliento Sara, se aparta de la ventana y se recarga en la pared oprimiéndose el pecho con ambas manos.

Eleazar está saliendo del baño a la recámara, o a la minúscula cueva con cama, buró y ventanuco. En la cama, La Alazana dormida y sudorosa, la gruesa pintura desleída alrededor de sus ojos y sus labios. En jugándose Eleazar se queda quieto, mirándola. Son las cuatro de la tarde. Cabrón calor, dice Eleazar. Se viste coléricamente, ansiosamente, coge dinero de la caja de cartón y sale.

Y está viendo a Sara que desde el portalillo le ofrece una agua roja. Empuja la puerta y entra.

Sara sonriente y seria a la vez, pálida, flexible. Ese andar sin ruido, ese deslizarse sobre el piso siempre parejo bajo sus pies, este ofrecerle el vaso vacío —el cloc cloc cloc de la jarra— y llenarlo de agua roja hasta que se derrama y le empapa las manos a Eleazar, esta risa suave, nada más, estos ojos, estos ojos que lo ven como desde un río silencioso, el viento en mi cara y el agua en mi garganta, helada, más allá de la cerca de pitas zumba el calor temible, ella le está ofreciendo la mecedora, hay una mecedora aquí en el portal ¿a qué huele Sara? ¿a qué huele? Era un cuadro de mar el de la peluquería. 123

Pero no se sienta. Dice con cierto fastidio: —Ya nos vemos —y deja el dinero en el pretil, y en el camino va sintiendo el escozor, la mosca que susurra oreja adentro, un peligro, el peligro aquel, hoy no viene por el camino adelante, no

lo está esperando, no, está atrás, en la espalda lo siento, me sigue ¿a qué huele Sara?

124 Las tres de la mañana. Viene llegando Eleazar. Tranquiliza al perro y se sienta en la mecedora. Grillos, grillos, y el olor inmenso de la gobernadora. Cuatrocientos kilómetros por lado tiene el desierto, y en su sólida noche no hay un milímetro que no esté impregnado de gobernadoras. Eleazar aspira con rabia. Cuando empezaba a oscurecer olíamos el aire ¡ya está la gobernadora en el aire, ya son las ocho! Se iba al monte solo, después, cerrada la noche, a respirar, se mareaba respirando, pensaba millones de gobernadoras chiquitas verdes, yo estoy respirando millones de yerbas gobernadoras, yo solo, se lo contaba a Sara al día siguiente y Sara le decía a David: Eleazar fue a respirar él solo millones de gobernadoras. Eleazar aspira con angustia todo el aire que puede, y aquí está ese olor, ese otro, de pronto aquí estaba, ahora en el aire de la gobernadora estaba ya ese olor ¿qué

olor? Era lo que no sabía en la mañana. Es olor a algo antiguo, verde, o no, como a madera, es una mezcla. Se vuelve. Sara está recargada en la puerta, como si fuera de día. Sara, qué alta, qué 125 delgada es, qué pálida es Sara.

—Qué calor hace —dice Sara—, no se puede dormir.

Y se sienta en el escaloncito del portal, un poco delante de él. Al rato él dice: —Sara...

Ella vuelve apenas la cabeza.

—Qué... —dice Eleazar— cómo eres... tú... qué has hecho... que... No.

Se encierra irritado consigo mismo. Sara ha quedado levemente ladeada hacia él, suspendida en la oscura claridad de la noche, eternizada en el íntimo vuelo de oír, al fin: Sara, quién eres tú, cómo eres tú, qué has hecho, tú, Sara, tú estás aquí. Millones de grillos y gobernadoras, un coágulo de espera que vale por diez años.

—Sara... —vuelve Eleazar. Sara no se moverá. Deja tú, deja, mantente quieta, deja que los

grillos y las gobernadoras traigan lo que hayan de traer. Solamente, no te muevas ni nada se mueva. Las estrellas todas, ni se levante el vaho del lodazal, quietas las espinas de las pitas enanas, la plasta del aire ardiente, esa gota de sudor que no escurra por tu sien. Hace segundos mortales que Sara siente a su vida del espesor de un cabello.

—No me acordaba de ti...

Diez años, diez años en la mano, al fin, esta noche, por fin.

Sara pregunta riendo: —¿Ya te acordaste?

¿Qué importan ya varios minutos? Al cabo de ellos contesta Eleazar:

—Sí.

Y lo dice en voz muy baja, arrastrando las dos letras.

Sara bosteza, se aprieta los hombros, se levanta: —Ya empezó a hacer frío.

Lo ve un momento. Ella está junto a la mecedora y él alza la cara para verla francamente.

Su gesto es un gesto acosado. Ella desde arriba sonríe como si nada estuviera sucediendo.

—¡Sé dónde te largas, padrote desgraciado, aquí 129
mamas y allá chupas, siquiera que te costara el
biberón, pero deja que te cape y te haga morron-
go, vas a ver gacho desgraciado!

Es la última palabra que La Alazana dice esa noche, porque con el primer bofetón Eleazar le rompe la boca. Luego la zarandea por todo el cuarto. Eleazar metido en una exasperación que la blandura de la carne que sus puños van aplastando acrecienta.

Las prostitutas se apiñan contra la puerta armando un barullo eufórico, feroz. Gritos y espasmos; se empujan, se golpean, quieren ver, quieren entrar, huelen destrozos, los anhelan, quién fuera descuartizada ahora mismo por el rey. ¡Eleazar! chillan ¡Eleazar! mátame a mí, padrecito, ábreme. Pero cuando Eleazar abre la puer-

ta se desvanecen como moscas en las penumbras del laberinto.

130 A la noche siguiente, apoyada en sus muchachas, calenturienta jaletina de hinchazones, mapa de rajaduras, La Alazana baja a la Sala, no se queja, no quiere escándalo, no, por eso ha bajado a trabajar, sonrío seráfica y monstruosa de mesa en mesa, ¿qué quieren los señores?, ¿están bien atendidos?, ¡lo que nunca: convida copas, ofrece mujeres gratis! hoy no puedo yo, miren, me pegó mi padrecito, se enojó, fue a ver a su pedorro del pueblo, Sarita, sí, creo que Sarita, pero no lo descrema la muchacha, me lo regresa firmes y como loco, ¡mi padrote lindo! me tiene que pegar, si no cómo ¡se pasma, se tuerce! Mírenlo, en cambio qué calmado, qué azucarito...

Pero los hombres no ven a Eleazar, qué esperanza, corrió la voz aprisa, está en la mesa del siete y medio, como muchas otras noches, y está bebiendo, mal cuento porque está bebiendo como si todo el wisqui del mundo fuera a

acabarse de un momento a otro, y no ve nada ni a nadie, ha perdido ya setecientos dólares en la mesa ¡onde nunca! y se le ve una fatiga tan grande, uno como sueño tan hondo, tan agazapado: aquella especie de debilidad, de modorra 131 que al principio nadie conocía, pero más esta noche, nunca así, cuidado. Uno de los que traen la droga al Charco es Tonchis, conoce bien a La Alazana, y le dice: Lazanita, vete a descansar, Lazanita, vete a curarte, este pedo puede salirte malo, anda vieja, date un toquecito y descansas, anda, el macho es veneno, tú lo sabes... La Alazana empieza a hacer muecas de llanto, trompuda, enceguecida, con mucha lástima de sí, Tonchis, dice, mírame, Tonchis, sí vieja, vente conmigo, vamos a tu cuarto.

Eleazar va a ver a Esperia. Desde hace tiempo inyectan a Esperia cada cuatro horas por orden de Eleazar. Se sienta en el borde de la cama hasta que sale el sol. Esperia de cuando en cuando abre los ojos y lo mira; una de esas veces lo saluda alzando un poco la mano sobre la sábana.

—Pobre de ti, Esperia —murmura Eleazar.

Pero Esperia ya volvió a quedarse dormida.

Se va a su cuarto Eleazar. Se bebe de golpe un vaso de wisqui, dos, está llenando el tercero, apenas llega ruido de la Sala Grande, han de ser las seis de la mañana. Con mucho sigilo alguien está abriendo la puerta. Es la Grupa Bruta.

—Rey... mira, mira cómo estoy... me ocupé, pero mira cómo estoy... quién sabe qué me dieron... mira... rey... dame, mi rey, no seas malo...

Los ojos brillantes, alucinados, un puro temblor de fiebre y frío toda la piel, desnudez verdo-

sa, sedientísima, perfume y semen, sudor, coñac, déjame, rey, déjame, Eleazar, mi vida, párteme, párteme, déjame cabroncísimo, el cuchillo, tu
134 cuchillo, ah ah se le arroja, lo muerde, lo besa, se le enrosca, lo aplasta contra la pared, enloquecida busca la cama y súbitamente va a estrellarse, como azotada por huracán, en los hierros de la cabecera. ¡Sácate de aquí! ruge Eleazar y sale del cuarto.

Y sale del Charco. Y toma el camino. Pero sale del camino y se mete en el huizachal. Sí, han de ser las seis de la mañana.

—¡Lieser! Os de dónde sales, mira cómo vienes.

—Quihubo David. Me metí al llano a caminar.

—Pero desde qué horas, miá nomás. Pérate esto aquí en un momentito nos vamos a comer, pérate no te vayas.

Accidentalmente Eleazar ayuda a David a herrar un caballo. Después comen juntos. Qué bueno que te asomaste, dice David.

Eleazar va diariamente a la casita de Sara. Le
135 ha pedido que le cuente, y ella lo ha hecho poco a poco, su vida, la vida de Eleazar, la infancia, lo que hacía, lo malo y lo bueno, lo que decía, por qué se fue del pueblo, qué pensaba ella de él, qué pensaba David, qué decía la gente. Y va reencontrándose a través de la voz de Sara, que va y viene dulcemente a lo largo y por los rincones de un cuento sabido mil veces de memoria. No titubea esa voz, no olvida ni la imagen más fugaz y recuerda todo como acariciándolo, rostros, gritos, tardes, caminillos en el llano desde aquí, desde allá, vistos de lejos, de cerca, desde tus ojos, desde los míos, desde los ojos de David, y una blusa amarilla cuando Eleazar la estrenó, y la blusa amarilla desgarrada, desteñida ya y el hombro negro de sol, tenías once años, nadie te cosió nunca tu blusa, un poco antes de cumplir

los doce, un mes antes, en mayo, y con cualquier pretexto te tentaba el hombro, siempre caliente. Quitaba de Eleazar sus ojos, llanuras como nunca, y los pone sonriendo en la imagen del mayo aquél, tan viva como Eleazar mirándola ahora en el portal a oscuras, queriendo beberle quién sabe qué, y el silencio enormísimo, la luna en el desierto, y muy de cuando en cuando, casi amanece, alguien que pasa por el camino de arena.

—¿Por qué me echaron? Primero me daban hasta lo que no pedía, y de pronto me echaron todos.

—Nunca lo entendiste ¿verdad?

—No... No.

—Porque cuando un muchacho es como eras tú, tiene que ser... pues... tú no eras muy bueno, acuérdate.

—¿Cómo era yo? Cómo.

—Así... como eres todavía, como te estoy viendo, como te ven las mujeres... Y ahora tampoco eres muy bueno.

—Nadie es muy bueno, digo, quién.

—Nadie es como tú.

—Cómo, Sara, no entiendo.

—Así, Eleazar, como te estoy viendo.

Y una noche en que no ha hecho ninguna pregunta y ha estado fumando sin cesar, como dormido en la mecedora, dice de pronto:

—Me esperaste diez años, Sara.

—Sí.

—Diez años y no... toda la vida.

—Sí —dice ella riendo, con perfecta naturalidad.

—Y... vamos a suponer...

—Igual —dice ella, riendo todavía—, igual.

—Digo... vamos a suponer que... yo me voy otra vez...

—Igual, yo te espero —dice ella, riendo siempre.

—Sara, no te rías.

—No... no me río —dice Sara recuperando instantáneamente su paz, como descendiendo

hacia sí misma, como agua sosegándose de golpe, reflejando ya el paso lento del cielo.

—Qué voy a reírme, Eleazar.

138

—¿Vas a esperarme otra vez?

—Sí.

—¿Cuánto vas a esperarme?

—¿Cuánto vas a tardarte?

—Sara... de verdad.

—De verdad.

—¿Un año? ¿Dos? ¿Diez años otra vez?

Por un momento Sara cierra los ojos y alza la cabeza hacia la noche. Y él ve sus mejillas, su boca, afiladas con dolor, con un dolor viejo y súbitamente nuevo, bebido ahora mismo en el escalón del portalillo, y ve su largo cuello ladearse, como si su rostro buscara evitar un golpe, sus cabellos la cubren.

—Sara...

Ella ha apartado los cabellos con la mano, que se queda en la nuca, y así, el brazo alzado, irguiéndose toda, dibujándose en el liso plomo

del alba, ya está sonriendo, devorándolo otra vez, tus ojos crecen y crecen cuando me miran, está asintiendo, está diciendo, sí, sin faramallas:

—Otra vez diez años.

139

Eleazar vuelve a enmudecer y a fumar. El gesto hosco, furioso se diría. Casi en sueños o como a gran distancia ve que se levanta Sara, siente su mano en los cabellos, una especie de helada seda en su frente, una especie de caricia interminable, ella está parada junto a mí, qué frescura, qué frescura, y oye su voz, yo no le había oído esta voz:

—Eres idiota. Y eres malo.

Se cierra la puerta. Está solo. Es ya de día. El perro está ladrando. Lo dejó solo, Sara.

Muere Esperia días después de haber empezado a descomponerse. La entierran a toda prisa. Hasta el cementerio llega el cortejo de prostitutas dolientes y muchos hombres que van a verlas. 141

Esta noche El Charco no trabaja. Es de mal agüero trabajar oliendo a muerto todavía.

Vestidas y pintadas para jolgorio, del cementerio la emprenderán al otro lado del río, allá frontera de por medio la diversión será diversión, alguna vez ha de tener una siquiera una noche de descanso. Y luego la pobre Esperia, cuando menos guardarle ¿no? siquiera un día.

Eleazar se ha quedado en El Charco. Y también La Alazana, porque desde la patiza lo ama mucho más que antes, le tiene miedo y no se le aleja y acude licuándose, hecha derrumbe derrame ya, cuando él la llama. Que te habla —le dicen. Voy —dice—, ya voy —y es capaz

de atravesar paredes. Ahora está en su cuarto, esperando, tiritando y con el dolor de cabeza a morir, pero a Eli, a papuchi, no le gusta recibirme picada.

Eleazar sube y baja escaleras, vaga por el laberinto. Ha encendido uno tras otro los focos y se ha asomado uno tras otro a todos los cuartos. Vacío y silencioso, el laberinto expele sus humores, muestra como cogido por sorpresa sus entrañas: sus sábanas revueltas, sus tocadores infestados de frascos abiertos, sus peines engreñados y chimuelos, sus palanganas de pelitre, sus prendas interiores sobre las camas, entre los frascos, por el piso, colgadas de los picaportes, sus pedazos de espejos. Semen, sudor, perfume, bascas, orines, un solo tufo sólido, que no se respira, se palpa, se come. Todos los cuartos son iguales. El cuarto de Esperia, recién desocupado, es igual a los demás. Todavía está su nombre en la puerta. Y los otros nombres en las otras puertas: La Leona, La Güera, La Rata, La

Potranca, Rosemary, Guillermina Torres L. de Benavides, Grupa Bruta, Leonor del Oro, Flor de Luz. Se viene llenando Eleazar del aire dulce que se le pega a las narices, a la garganta; lo aspira con fuerza en cada umbral, lo echa de sí cuando lo siente en el estómago. Viene encorvándose bajo la tristeza amarillenta de los pasillos, sobre el gemir de tablas sueltas. Sube al cuarto de La Alazana.

—¡Mi vida! —exclama la mujer saltando del lecho, bañada en sudor friísimo, desencajada.

—Vístete aprisa.

—¡Sí, mi vida! —dice tropezando, revolviéndose. Eleazar le está arrojando la ropa. La mujer no sabe, no halla qué hacer; entiende, al cabo—: ¡Qué! ¿Qué?

—Te voy a comprar tu casa.

Y vistiéndose, temblando, sumida en un desguanzo reseco, ardoroso, ansiosísimo, ¡sí, mi vida, sí, sí, sí mi vida! primero asombro, después dudas, después sospechas, después alarma,

un enloquecido vendaval de celos y la furia, que es la única manera de no morir cuando no hay amor ni jeringa y rompe a gritar como si Eleazar estuviera a varios kilómetros de distancia:

—Que qué, que qué qué, y para quién, y con qué con qué carajos, con qué para la tísica ésa, tu culo de huesos, carajo, la tísica, y con qué.

Se agacha, se humilla, se enconcha tapándose con los brazos: —¡No papito, no papacito, no!

Pero Eleazar está abriendo la puerta, tiene la caja de cartón repleta de billetes, está diciendo:

—Vámonos.

Y La Alazana, como si alguien, de gigantesco puntapié, la lanzara, la boca enormemente abierta y un aire de gruñidos o estertores ahí atorado, sale del cuarto.

A las cortinas de la Sala Grande arrima Eleazar un cerillo, espera a ver altas las llamas y en el portal le dice a La Alazana:

—Tú me conoces ¿verdá? Me conoces. Tú me conoces bien. Tú sabes cómo soy yo. Lo sabes. Tú y yo sabemos que lo sabes... No me sigas. No me busques nunca. No me mandes a nadie. Nunca.

Se lo dice con dulzura, o así parece; como quien da un consejo, de tan vehemente, casi desmayado. Y baja los escalones del portal del Charco y se va por el camino de arena. A sus espaldas crepitan llamas.

La Alazana se abraza a su caja de cartón y sale corriendo hacia el chaparral, como quien va hacia la frontera, lejos de Eleazar, por rumbo opuesto.

Gentes espantadas, presurosas, gritonas, empiezan a cruzarse con Eleazar. Más adelante, gentes a caballo; más adelante gentes en carretas, y más adelante el camino de arena es un río de gente horrorizada que corre hacia el incendio.

Eleazar no vuelve la cabeza, no altera su paso.

En la oscuridad del desierto hondísima El Charco arde. Sus llamas, del más puro amarillo, hacen brillar la arena. 149

Eleazar empuja la puerta del patio, acaricia al perro, sube el escalón del portalito. Sin volverse nunca, mira los ojos de Sara, ¡el cuadro eran sus ojos! que ven hacia el incendio, ella está junto a la piedra del agua, en la cocina, viendo el techo, muy abiertos los ojos, y él se le asoma a la cara y en la peluquería hay un cuadro, el mar, verde, Eleazar entra a ver el cuadro siempre que no hay gente y el peluquero lo deja ver el mar, desnuda Sara en el suelo y Eleazar le dice parecen el mar tus ojos, ¡sí! yo te quiero, ¡sí, yo te quiero eso le dije y el mar eran sus ojos sí! parecen mares que ven hacia el incendio que desde aquí es no más un resplandor ¡eso le dije, claro, eso fue, claro, comora mismo, esto es y yo no sabía!

—Sara —dice y le toca el brazo.

Ella se vuelve a verlo. Está muy seria, como veía el techo, sí.

Por la calle el tropel de gente.

Como mares, piensa, y se sumerge al fin en esos ojos.

152 Con las puntas de los dedos le tienta los cabellos de las sienes, y baja los brazos.

Y luego entran en la casa.

La casa que arde de noche, de Ricardo Garibay, se terminó de editar el 9 de octubre de 2012. En su composición, a cargo de Guadalupe Martínez Gil, se emplearon tipos Sabon de 23 puntos.

